

Lecturas para la
Semana de Oración



Revista Adventista

El Viaje de
la Esperanza

n° 381 · año 31 · septiembre 2006

PETER R. KUNZE

Tesorero de la División Euroafricana.

Ofrenda especial para la Semana de Oración

Al finalizar un año más la semana de oración tenemos nuevamente la oportunidad de presentar nuestras ofrendas ante Dios. Para muchos puede tratarse simplemente de un buen hábito; pero, en realidad, significa mucho más que eso. Las ofrendas de la semana de oración son la expresión de nuestra gratitud a Dios por las muchas bendiciones que recibimos. ¿No es la Ley de Dios una ley de amor? Él nos rodea con su gracia, la cual no podemos dejar de ver, y llena nuestros corazones de una paz que el mundo no puede dar. En Cristo encontramos descanso y quietud, y miramos hacia el futuro sin temor.

¿Guardaremos egoístamente aquello que nos llena de alegría, que da sentido a nuestras vidas y nos ofrece una esperanza? ¿No sentimos la urgencia de compartir nuestra experiencia espiritual con las personas que nos rodean y las de tierras lejanas?

Con nuestros recursos podemos alcanzar a nuestros vecinos, pero las ofrendas de la semana de oración se utilizan para enviar misioneros a regiones en las que todavía no han oído el maravilloso mensaje de Jesucristo.

Para este programa de Misión Global se ha puesto a disposición de la división la cantidad de 650.000 € procedentes de las ofrendas de la semana de oración y destinados al desarrollo de 81 proyectos. Este programa está diseñado para abrir nuevas misiones en territorios sin presencia adventista dentro de los países de esta división.

Este es un breve resumen del amplio trabajo de Misión Global:

1. Predicación del evangelio en Markdorf (Alemania) que incluye trabajo puerta a puerta, reuniones para el estudio de la Biblia, campañas evangelizadoras y seminarios sobre religión. El objetivo es ayudar a las personas a sellar su pacto con Dios a través del bautismo.
2. En la Unión Alemana del Norte, concretamente en Grossäschen, existe un grupo de misioneros. Además de haber trabajado ya con éxito con niños, jóvenes y conquistadores, el equipo busca llegar a otras personas.
3. Un misionero en Austria explica: «Cuando leí el anuncio de un puesto como pionero de Misión Global en la publicación adventista alemana sentí en mi interior que era una respuesta a mis oraciones. Poco después de completar mis estudios partí hacia allí con el deseo de trabajar para Dios. Es maravilloso ver cómo personas que antes nunca habían querido saber nada de Jesús decidían ahora seguirle.

»Un viernes por la tarde había terminado el trabajo planificado para el día y me quedaba una hora libre antes del comienzo del sábado. Me preguntaba qué podía hacer con aquel tiempo. Por una parte, quería ir a casa y descansar, pero por

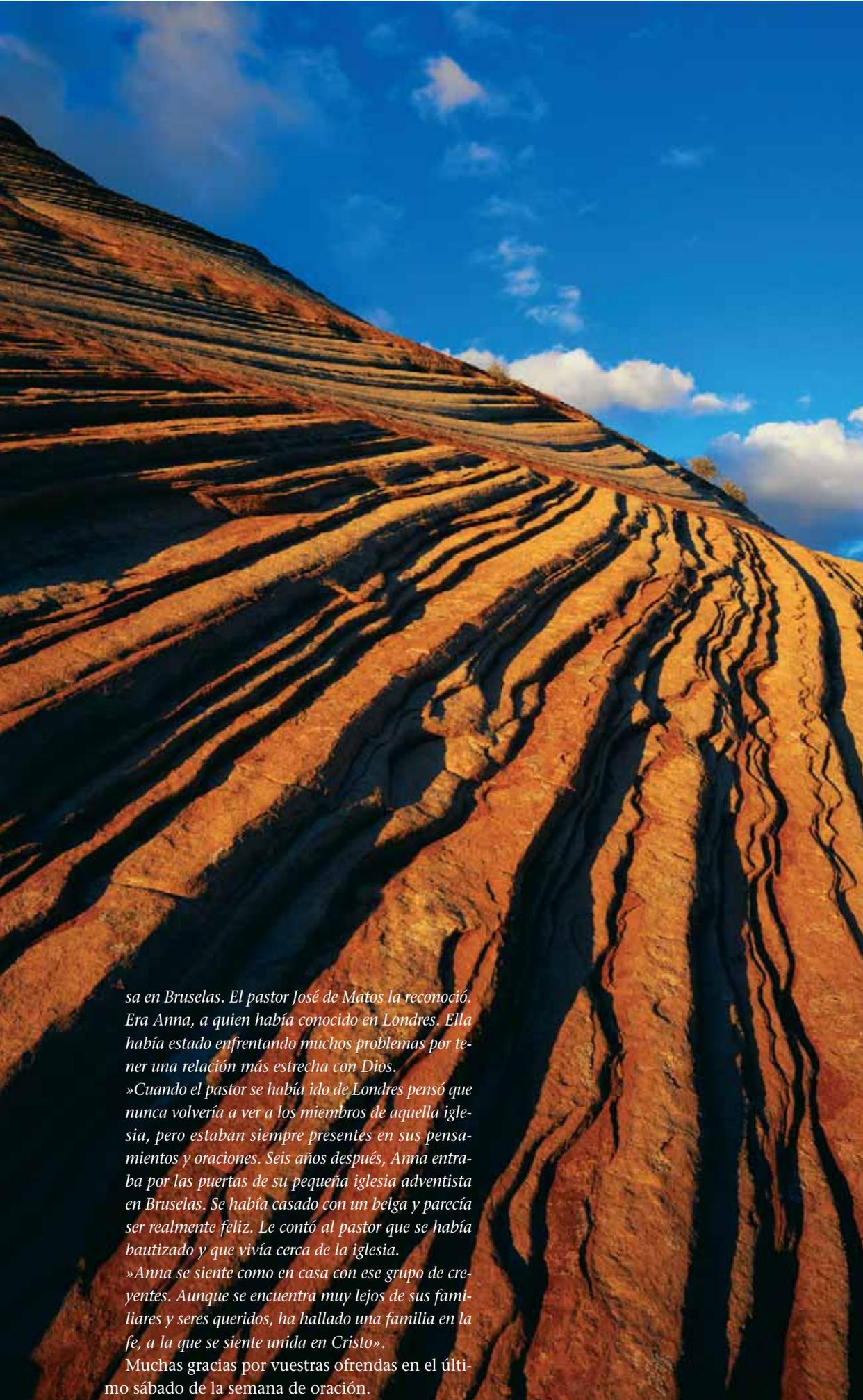
otra pensé que podía utilizar aquel tiempo para realizar una encuesta sobre religión. Fui de casa en casa pidiendo a la gente que respondiera algunas preguntas, pero nadie estaba interesado. Finalmente llegué a un bloque de viviendas y llamé al timbre. Una joven muy amable abrió la puerta y me invitó a pasar. Nos sentamos en la mesa de la cocina y comencé a hacerle las preguntas de la encuesta. Durante la conversación, me di cuenta de que estaba buscando la verdad.

»¡Me siento tan agradecido a Dios por darme energías aquella tarde! Cuando nos unimos a él, él nos ayuda a emplear nuestro tiempo de manera eficaz. A veces es descorazonador ir de puerta en puerta y ser rechazado constantemente, pero el esfuerzo merece la pena. De este modo cada día aprendo a confiar en Dios y a dejar que sea él quien me guíe.

»Gracias, Dios mío, por permitirme realizar esta labor. Os animo a todos a trabajar como pioneros de Misión Global y colaborar con nosotros en compartir el evangelio con todo el mundo, persona por persona. Ningún otro trabajo nos ayuda tanto a crecer en nuestra confianza y dependencia de Dios».

4. Dios tiene muchas maneras de acercar a sus hijos a él. Nos llega otra experiencia desde Bélgica, donde Misión Global está actualmente llevando a cabo un proyecto.

«Una cálida mañana de sábado una mujer entró en una iglesia de habla portu-
guese».



sa en Bruselas. El pastor José de Matos la reconoció. Era Anna, a quien había conocido en Londres. Ella había estado enfrentando muchos problemas por tener una relación más estrecha con Dios.

«Cuando el pastor se había ido de Londres pensó que nunca volvería a ver a los miembros de aquella iglesia, pero estaban siempre presentes en sus pensamientos y oraciones. Seis años después, Anna entraba por las puertas de su pequeña iglesia adventista en Bruselas. Se había casado con un belga y parecía ser realmente feliz. Le contó al pastor que se había bautizado y que vivía cerca de la iglesia.

«Anna se siente como en casa con ese grupo de creyentes. Aunque se encuentra muy lejos de sus familiares y seres queridos, ha hallado una familia en la fe, a la que se siente unida en Cristo».

Muchas gracias por vuestras ofrendas en el último sábado de la semana de oración.

SUMARIO

4 PRIMER SÁBADO

Eva,
el comienzo de la esperanza

7 DOMINGO

Moisés, la esperanza postergada

9 LUNES

Rahab, la esperanza adoptada

11 MARTES

Daniel, la esperanza vindicada

13 MIÉRCOLES

María, la esperanza desafiada

16 JUEVES

Pablo,
la esperanza como experiencia

18 VIERNES

Juan, la esperanza revelada

20 SEGUNDO SÁBADO

Jesús,
nuestra esperanza viviente

24

Semana de Oración
para los menores

REVISTA ADVENTISTA: Órgano oficial
de la Iglesia Adventista
del Séptimo Día de España

nº 381 · año 31 · septiembre 2006

Director de la Revista,

Alberto F. Guaita;

Director general de Safeliz,

César Maya;

Editor, Luis González;

Redacción, Raquel Carmona,
Juan Fernando Sánchez, Mónica Díaz;

Diseño y maquetación,

José M^o Weindl, Isaac Chia;

Producción informática, Javier Zanuy;

Producción, Martín González;

Envíos, Juan José Reta;

Suscripciones, M^o Teresa Tello

Publicidad, publicidad@safeliz.com

Impresión: IBERGRAPHI 2002

Mar Tirreno, 7, 28830

San Fernando de Henares (Madrid)

Depósito Legal: M-32.993-1974


editorial safeliz

Pradillo, 6 - Pol. Ind. La Mina · E-28770

Colmenar Viejo, Madrid (España)

tel. [+34] 91 845 98 77

fax [+34] 91 845 98 65

revistas@safeliz.com

www.publicacionesadventistas.com



JAN PAULSEN

Presidente mundial de la Asociación General de los adventistas del séptimo día, cuya sede se encuentra en Silver Spring, Maryland (EE.UU.).

Eva, el comienzo de la esperanza

Sólo Dios provee esperanza para nuestro peregrinaje.

De vez en cuando, trato de imaginar cómo habrá sido la vida en el Jardín del Edén antes de la dañina presencia del pecado en este mundo. El relato bíblico es breve, pero muy rico. Presupone una perfecta armonía, plenitud y regocijo en toda la creación, y sugiere claramente que Eva y Adán eran criaturas curiosas. Esa curiosidad los debió de haber inducido a recorrer el Jardín, con el fin de explorar las maravillas de la creación. El ambiente era ideal para el desarrollo del potencial con el que Dios los había dotado. Su diaria experiencia era de constante crecimiento junto al Señor y entre sí. Implicaba la realización de nuevas posibilidades y el descubrimiento de nuevos aspectos de su propia personalidad.

En el relato, Eva aparece como la más curiosa de ambos. Adán, en cambio, da la impresión de que era tranquilo. Su voz se escuchó brevemente cuando se encontró con Eva (Gén. 2: 23). Se conocieron en compañía del Señor. Después de ese encuentro, los hechos y la voz de Eva predominan.

La necesidad de una esperanza salvadora

La historia da a entender que Eva salió a dar un paseo sola (Gén. 3: 1); los resultados implican que en la unidad hay fortaleza. Salió en un recorrido de investigación, tratando de satisfacer la curiosidad con que Dios la había dotado. Entabló una conversación con la serpiente... y llegó a una encrucijada crítica. Todos nosotros llegamos a esas encrucijadas en nuestro diario existir; son momentos profundamente significativos, que ejercerán una profunda influencia en el futuro de nuestras vidas.

La serpiente sugirió que, en las actuales circunstancias, ella no tenía un futuro que le permitiera desarrollar la plenitud de su potencial. Le insinuó que su viaje era una caminata en círculos, que no la conduciría a ninguna parte. Sugirió que su viaje en este planeta conducía, “por designio divino”, hacia la nada; que su vida se iba a volver aburrida, debido a las restricciones de Dios al desarrollo de su potencial (vers. 3-5). Su empresa de desarrollo propio en unión con Dios era, a la vista del enemigo, una fantasía.

Eva arguyó inteligentemente acerca de la integridad de Dios y la función que les había asignado a su esposo y a ella (vers. 2, 3). Estaba satisfecha con la naturaleza y los objetivos de su vida. Pero, aparentemente, también empezó a caviar acerca de la naturaleza de ese nuevo viaje que le estaba proponiendo la serpiente. Esta la tentó a iniciar un viaje por su cuenta, que le permitiera realizar su potencial sin la presencia inoportuna y restrictiva del Creador. El destino de este nuevo viaje era apasionante: sería como Dios (vers. 5). Por fin, dio el primer

paso de este viaje al alargar la mano y comer del fruto prohibido (vers. 6). Un simple paso, con consecuencias inimaginables.

La decisión de Eva significaba que se había hecho cargo de su propia vida con total independencia de Dios. Había comenzado un capítulo de su existencia radicalmente nuevo; lamentable, por lo demás. Su esposo se le unió. Ambos se lanzaron hacia lo desconocido por su cuenta... para comprender poco después que su nuevo viaje los llevaba a la muerte. Habían iniciado un trayecto hacia la completa autodestrucción, separados de Dios (la Fuente de la vida), del amor y de la paz.

Entonces se oyó la voz de Dios, que paseaba por el Jardín (vers. 8). Les habló para hacerles entender la gravedad de su condición. Caminó solo, porque ya sus destinos no eran los mismos; caminó por el sendero que había trazado para Eva y para Adán, y que ellos habían abandonado para avanzar por el propio. El nuevo rumbo de Eva se había convertido en algo temible, de quebranto social y espiritual, y de muerte.

El comienzo de la esperanza

La última palabra de Dios para nosotros jamás es de condenación. Nos busca con juicio y salvación mientras estamos perdidos. Pero la decisión es nuestra. Como consecuencia de su infinito amor y su inagotable gracia, ofreció a nuestros pri-



meros padres esperanza (vers. 15); era lo que necesitaban. Es la necesidad más urgente de los seres humanos rebeldes. Esta esperanza no es una mera expresión de deseos o la elucubración de un sueño que jamás se va a convertir en realidad. ¡Claro que no! Es la configuración de un glorioso futuro diseñado por Dios para nosotros. No es el resultado de nuestras propias acciones, sino del poder redentor y creador de Dios, garantizado por la solidez de sus promesas y su poder.

Dios sembró esperanza en los corazones desolados de Eva y de Adán. No era una expectativa que sencillamente aguardaba que Dios hiciera algo en favor de ellos en el futuro: esa esperanza está enraizada en las promesas de Dios, y sus promesas siempre tienen, además, un efecto sobre el presente de la experiencia humana. La esperanza como anticipación nos hace sentir su presencia en nuestra condición actual. La esperanza que Dios

ofreció a Eva y Adán tuvo un inmediato efecto en ambos: creó enemistad contra los poderes mortales del mal. Esta esperanza, gracias al poder de Dios, introdujo en la desesperada condición de la pareja un odio profundo hacia el poder esclavizador que tiene el pecado. Dios había decidido preservar la libertad humana, y no permitió que el enemigo los sometiera totalmente.

La esperanza presupone la libertad del hombre; la capacidad de elegir qué viaje va a seguir y a qué destino quiere llegar. Dios estaba ofreciendo a Eva y a Adán la posibilidad de escoger una vez más su futuro, su destino final. La esperanza de un futuro junto a Dios había comenzado a liberarlos del poder dominante del pecado.

La naturaleza de esta esperanza es importante para este relato. Su contenido no era simplemente una abstracta idea religiosa que se esperaba que ellos entendie-

ran y preservaran. La esperanza que Dios ofreció a Eva y Adán era una Persona. En realidad, ¡esa esperanza era esa Persona! Dios les anunció: «Él aplastará» a la serpiente, la fuente de la muerte y el vaciamiento del sentido de la vida (vers. 15). Esta esperanza está contenida en el pronombre “él”; el Descendiente de la mujer que es también el Hijo de Dios. En consecuencia, la concreción de esta esperanza no iba a ser el triunfo de una idea sobre otras, sino el de una Persona sobre todo lo que amenaza la personalidad tal como Dios la creó.

El viaje natural de los seres humanos conduce inexorablemente a la muerte. Pero Dios les fijó a Eva y a Adán un objetivo durante su viaje en un mundo de pecado y de muerte; los llevaría al más glorioso de los encuentros, a un nuevo destino; un reencuentro. En lugar de confusión y muerte, cada ser humano podría viajar, si lo deseaba, hacia una reunión

La esperanza
presupone la libertad
del hombre,
la capacidad de elegir
qué viaje va a seguir
y a qué destino quiere
llegar. Dios estaba
dando a Eva y a Adán
la posibilidad
de escoger una vez
más su futuro,
su destino final.

con el Hijo de Dios, nuestra única esperanza. Eva y Adán abrazaron esta esperanza, y permitieron a Dios que les cambiara la ropa que ellos se habían hecho por otra confeccionada por él (vers. 21).

Un viaje de esperanza

Allí, delante de Dios, Eva comenzó un viaje de esperanza. Su viaje la llevaría por terrenos difíciles, lleno de profundos sentimientos de culpa y soledad, por la experiencia de ver que uno de sus hijos quitaría la vida al otro, y presenciar también las consecuencias de la muerte a su alrededor. ¡Pero la esperanza la sostendría! Sa-

bía que lo que estaba observando y experimentando no sería la condición permanente de su existencia. Algo glorioso vendría. La esperanza había calado hondo en su presente vivencia, y le otorgaba nuevo valor en medio del conflicto contra el mal. Esta nueva esperanza también le daba libertad para oponerse a las concupiscencias de la pecaminosa naturaleza caída; para rechazar los planes del enemigo; para decidir viajar junto con Dios. ¡Podía vislumbrar un glorioso destino!

El Señor le aclaró a Eva que la esperanza que estaba aguardando con tantas ansias se cumpliría en la Persona de su descendiente, de un Hijo suyo. Solo podemos imaginarnos las elevadas expectativas que esta promesa debió haber producido en su corazón. Cuando estaba esperando a su primer hijo, probablemente creyó que se trataba del Prometido (ver. Gén. 4: 1). Pero no fue así. La esperanza supera las frustraciones y nos conserva aguardando algo mejor. La expectativa mantiene vibrante la esperanza, porque implica la posibilidad de que en cualquier momento se pueda cumplir. Uno de los peligros más serios que enfrentamos es la pérdida de nuestro sentido de expectativa. Cuando eso ocurre, empezamos a perder el significado de nuestra esperanza y corremos el riesgo de deslizarnos lentamente por el camino de la muerte. La esperanza debe vivir con expectativa; con una firme convicción; con la seguridad de que las promesas de Dios son seguras y que se pueden concretar en cualquier momento, cuando él lo determine.

En su viaje de esperanza, a Eva se le unieron sus numerosos descendientes. Ella no sabía mucho de una larga espera. El plan divino requería que la venida del Hijo de Dios, la encarnación de la espe-

ranza, ocurriera en un momento determinado del gran conflicto cósmico (Gál. 4: 4). El Niño prometido nació de una mujer. En el mismo lugar en el que el pecado tuvo acceso a la raza humana, dentro del mismo ser de una mujer, Dios entró mediante el misterio de la encarnación, y sembró allí la realidad de la Esperanza divina para todo el mundo. ¡Qué inmenso privilegio concedió Dios a Eva! En el mismo lugar en el que ocurriera la Caída, Dios comenzó el misterio de la redención.

Pero el viaje prosigue. Nuestra esperanza avanza hacia su total realización en la segunda venida de Cristo. Nosotros, así como Eva, estamos inmersos en un viaje de esperanza; hemos hecho de su viaje, nuestro viaje. Es un viaje en común.

En todo el mundo el pueblo de Dios está viajando en la misma dirección, con la misma previsión de regocijo. Todos nos encontramos en un viaje de esperanza; todos esperamos su pronta consumación; todos compartimos esta esperanza. Todos estamos vislumbrando nuestro hogar celestial.

«Morar para siempre en el hogar de los benditos, llevar en la mente, el cuerpo y el espíritu no las oscuras marcas del pecado y la maldición, sino la perfecta semejanza del Creador, y durante las edades sin fin avanzar en sabiduría, conocimiento y santidad, para explorar siempre nuevos campos de pensamiento, para encontrar siempre nuevas maravillas y nuevas glorias, para crecer siempre en la capacidad de conocer, de disfrutar y de amar, y sabiendo que todavía hay más allá un gozo, un amor y una sabiduría infinitos, este es el objetivo hacia el cual señala la esperanza cristiana» (My Life Today, pág. 361).

Si usted todavía no ha abrazado esta esperanza, lo invito hoy a venir y a unirse con nosotros en este viaje de esperanza.

Preguntas para compartir

1. ¿Por qué es tan importante la esperanza en la experiencia humana?
2. ¿Qué quiere decir la declaración: “Esa Persona es nuestra esperanza”?
3. ¿Cómo nos libera la esperanza?



BRUCE MANNERS

Pastor de la Iglesia de Avondale en Cooranbong,
Nueva Gales del Sur (Australia).

Moisés, la esperanza postergada

Aprendió a confiar en Dios durante los años solitarios y difíciles en que pastoreaba.

Moisés. Este nombre se ha convertido en sinónimo de fortaleza, ya que él llegó a ser «uno de los dirigentes de más influencia y fortaleza que haya vivido». ¹ Tomó un montón de rudos esclavos y los convirtió en una nación; tomó a los fabricantes de ladrillos de Faraón y contribuyó a que llegaran a ser una comunidad sofisticada y multifacética. Condujo con éxito a esos hijos e hijas de Abraham desde una de las regiones más áridas de la tierra hasta los límites de un país que fluía leche y miel: la Tierra Prometida.

Moisés. Podría no haber sido jamás famoso. Nacido como extranjero en Egipto, probablemente podría haber sido, al nacer, un niño más sacrificado al dios del río; pero su madre lo ocultó por tres meses. Al no poder esconderlo más, lo colocó en una arquilla de juncos entre las cañas de las márgenes del río en el que la hija de Faraón tomaba su baño.

Moisés. Era un nombre extranjero; no el que sus padres habrían elegido. Pero, cada vez que él oía su nombre, que significa «sacado de las aguas» (Éxo. 2: 10), recordaba el milagro que le salvó la vida. El milagro de haber sido sacado del río por la hija de Faraón y adoptado en el seno de la familia Real.

Moisés. Cuarenta años después, su nombre apenas era conocido entre los miembros de su propio pueblo; pero eso no era lo importante. Llegó hasta ellos en nombre de Otro: el «Yo Soy», «Jehová, el Dios de vuestros padres; el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob» (Éxo. 3: 14, 15).

Moisés había llegado a ser el mensajero de Dios, un mensajero de esperanza.

Mensajero de esperanza

Cuarenta años antes, Moisés bien podría haber sacado a su pueblo de Egipto, si lo hubieran apoyado. Les había demostrado su lealtad al dar muerte a un egipcio (Éxo. 2: 12). Él estaba listo; ellos no. «Él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya; mas ellos no lo habían entendido así» (Hech. 7: 25). Moisés comprendió cuál era la voluntad de Dios para su vida, pero todavía tenía que aprender los caminos del Señor. El Altísimo ciertamente no consideraba que era tiempo de que él fuera el conductor; todavía no.

Nacido como esclavo, formado como príncipe, Moisés necesitó pasar cuarenta años en el desierto y por un encuentro personal con Dios antes de estar preparado para conducir al pueblo del Señor. Entonces, en Tierra Santa, apareció vacilante. Su razonamiento fue extraordinariamente moderno, muy

parecido a las excusas que nosotros emplearíamos hoy.

«¿Quién soy yo para hacer lo que tú me pides? Además, ¿quién eres tú? ¿Por qué tendrían que creerme ellos? No sé qué decir» (Éxo. 3: 11, 13; 4: 1, 19). Y, finalmente: «¡Señor, por favor, envía a otro!» (Éxo. 4: 13).

Su sentido de incapacidad era la señal de que estaba habilitado para ser el líder de Dios, porque sabía que no lo podría hacer con sus propias fuerzas. Recuerden: Moisés había sido muy bien preparado como príncipe de Egipto. Había sido bien educado en las artes, las ciencias, la estrategia y la diplomacia; por lo tanto, podría haber intentado organizar un ejército con esos destartalados israelitas, para desafiar el poder de Egipto.

El plan de Dios era diferente: Moisés sería el conductor, pero la estrategia estaría a cargo del Señor. En primer lugar, sin embargo, Moisés era el mensajero del Altísimo; un mensajero de advertencias para Faraón y los egipcios, y un mensajero de esperanza para los israelitas.

Nosotros, los mensajeros de esperanza modernos, haríamos bien en tomar nota de cuán dependiente de Dios era Moisés. Escuchen la promesa del Señor: «Yo soy Jehová; y yo os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto, y os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido, y con juicios grandes; y os tomaré por mi pueblo y seré vuestro Dios[...]. Y os meteré en la tierra por la cual alcé mi mano jurando que la daría a Abraham, a Isaac y a Jacob» (Éxo 6: 6-8).

¡La redención y la Tierra Prometida! Nada ha cambiado. Estas son las promesas de Dios, susurradas en el Jardín después de la Caída, reafirmadas con claridad y vinculadas con la geografía terrena en el Éxodo, selladas con sangre en el Calvario y comunicadas en alta voz por los tres ángeles de Apocalipsis 14.

Este es nuestro mensaje.

La redención de los israelitas estuvo asegurada. Las plagas pusieron en evidencia la superioridad de Dios sobre los dioses egipcios y fortalecieron la fe de los hebreos. Llegó la noche de la Pascua y ellos estaban prontos, con todo preparado, mientras esperaban en «la feliz esperanza de la libertad»,² para comenzar el viaje a la Tierra Prometida. Los primogénitos fueron protegidos de la muerte por la sangre del cordero que había sido aplicada sobre las puertas de sus casas.

La sangre del Cordero da vida. En la sangre del Cordero de Dios encontramos nuestra esperanza.

Un viaje de esperanza

Libres al fin, los esclavos israelitas salieron de Egipto «como un ejército victorioso» (Éxo. 12: 36). Había comenzado el viaje de la esperanza; estaban caminando rumbo a Sion, o al menos con esa dirección.

Para protegerlos de la posibilidad de tener que combatir contra enemigos, el Señor los condujo al desierto. El viaje tendría muchos atajos, y sería bastante más largo de lo que habían anticipado. Pero Dios estaría con ellos; podían verlo en la columna de nube.

Pero se llenaron de temor cuando el ejército de Faraón los arrinconó en el Mar Rojo. La duda invadió el campamento cuan-

do perdieron de vista al Señor en presencia del enemigo. Anhelaban lo que tenían, no lo que Dios les había prometido. «Es mejor ser esclavos en Egipto que enfrentar la muerte en el desierto», era su clamor (Éxo. 14: 11, 12). Habían perdido la esperanza.

Moisés respondió con una orden de que no hicieran nada. «*Estad firmes (quédense quietos), y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros*» (vers. 13). No hay esperanza en ninguna otra parte. Estoy seguro de que ustedes ya han pasado por esto; sé que sí. Cuando no se puede hacer nada, hay que dejar que Dios obre.

Cuando cruzaron milagrosamente el Mar Rojo, fueron bautizados (1 Cor. 10: 2) y librados del enemigo. Supieron que ya no tenían nada que temer respecto del poder de Egipto. De modo que se regocijaron. Se alegraron y celebraron la libertad que habían encontrado en Dios. La esperanza ciertamente merece una celebración.

En el Monte Sinaí se formó una nación, se desarrolló un sacerdocio y se instituyó un pacto de amor. Recién salvados, Dios los guió por medio de Moisés a tener una relación plena con él y los unos con los otros. Moisés escribió las instrucciones para que no las olvidaran.

¡Entonces estaban listos para entrar en la Tierra Prometida! Pero el temor demoró por cuarenta años esa entrada. Cuando vieron los desafíos del viaje, Egipto les pareció atrayente.

Nosotros, los que hemos abandonado la tierra del enemigo, debemos entender que el viaje no siempre será fácil, y que lo que hemos dejado atrás a veces nos puede parecer atrayente. Pero, si volvemos, caeremos de nuevo en la esclavitud. Delante está la Tierra Prometida, y el Señor está con nosotros.

Descansemos en la esperanza

Moisés murió a la vista de la Tierra Prometida. ¡A la vista de la Tierra Prometida!

Dios lo sepultó en las áridas laderas del Monte Pisga. Ningún monumento marca el lugar de su tumba; ni esfinge ni pirámide. Él eligió algo mejor que todo lo que Egipto le podía ofrecer.

«(Moisés) voluntariamente trocó los monumentos y las alabanzas terrenales, los adornos, el poder y los placeres por una recompensa en un reino invisible. Lo cambió todo, hasta el último centavo, por una relación con el Dios viviente. Fue el mejor negocio que jamás se haya hecho. Lo que perdió, lo podría haber retenido de todos modos; pero lo que ganó no lo podrá perder jamás».³

Murió, pero con esperanza, y se cuenta entre los que esperan tener una «mejor resurrección» (Heb. 11: 35). Y, al parecer, probó la realidad de la resurrección antes que otros (Judas 9; Mat. 17: 3).

Debemos reconocer que es posible que no veamos el cumplimiento de la esperanza durante nuestra vida. Pero esa posibilidad no disminuye nuestra esperanza, porque el sueño de la muerte es como una noche durante la cual aguardamos la aurora de la resurrección.

En su discurso final a los israelitas, Moisés les dio un himno lleno de promesas para el futuro (Deut. 32). Después, en Apocalipsis 15, encontramos el himno de Moisés y del Cordero; un himno de adoración y de victoria. Deseamos entonar ese himno, porque entonces nuestra esperanza se cumplirá. Y, no importa que estemos descansando en la tumba o que estemos vivos en ocasión de la venida de Jesús.

Hasta entonces, continuaremos siendo los mensajeros de esperanza de Dios mientras viajamos rumbo a la Tierra Prometida.

Referencias

- 1 Lorin Woolfe, *The Bible on Leadership: From Moses to Matthew. Managements Lessons for Contemporary Leaders* [La Biblia y el liderazgo: Desde Moisés hasta Mateo. Lecciones relativas a la administración para líderes contemporáneos], Nueva York: AMACON, 2002, pág. 71.
- 2 Elena White, *Patriarcas y profetas*, Buenos Aires: ACES, 1985, pág. 284.
- 3 Charles R. Swindoll, *Moses: A Man of Selfless Dedication* [Moisés: un hombre de abnegada dedicación], Nashville: Word Publishing, 1999, pág. 366.

Preguntas para compartir

1. Cuando Dios, poderoso como es, está dispuesto a librar a su pueblo, ¿por qué necesita de un ser humano? ¿Qué lección podemos obtener de esto?
2. ¿Que es lo que más lo atrae de la vida y la experiencia de Moisés? ¿Con qué aspectos de su vida se identifica más?
3. ¿Qué podemos aprender de la vida de Moisés, personal y corporativamente, al hacer frente a los desafíos de la vida actual?



GEOFFREY MBWANA

Pastor, maestro y administrador en diferentes áreas.
Actualmente es presidente de la División del África Centro-Oriental.

Rahab, la esperanza adoptada

¿Puede algo bueno salir de allí?

«**U**na de las mayores fortalezas de la tierra, la grande y rica ciudad de Jericó, se hallaba frente a ellos, a poca distancia de su campamento de Gilgal. [...] Esta ciudad orgullosa, cuyos palacios y templos eran morada del lujo y del vicio, desafiaba al Dios de Israel desde sus macizos baluartes. Jericó era una de las sedes principales de la idolatría, y se dedicaba especialmente al culto de Astarté, diosa de la luna. Allí se concentraban todos los ritos más viles y degradantes de la religión de los cananeos» (Patriarcas y profetas, pág. 521). Dios le había dado esta orden a Moisés: «Pero de las ciudades de estos pueblos que Jehová Dios te da por heredad, ninguna persona dejarás con vida, sino que las destruirás completamente: al heteo, al amorreo, al cananeo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo, como Jehová tu Dios te lo ha mandado» (Deut. 20: 16, 17). Jericó era, en ese momento, la primera ciudad importante que debían conquistar los israelitas al entrar en la Tierra Prometida. Jericó y todos sus habitantes estaban condenados a la total destrucción.

Encuentro de esperanza: semilla de esperanza

En la ciudad vivía Rahab, una ramera cuya casa estaba construida sobre el muro de Jericó; posiblemente era una posada, puesto que atendía huéspedes. También fabricaba telas de lino teñido, ya que en el techo de su casa tenía ramas de lino, que probablemente extendía allí para que se secaran. Debido a que era prostituta, se puede pensar que la despreciaban, la rechazaban, no la querían y vivía aislada en medio de la comunidad en cuyo núcleo moraba. Se puede decir que su vida era de pura desesperanza; que estaba llena de desesperación. Las manchas de su vida, resultado de su manera de vivir, permanecieron y perduran hasta el día de hoy, ya que cada vez que se la menciona siempre se dice “Rahab, la ramera”. Como todos los demás habitantes de Jericó, había oído hablar de cómo el Dios de Israel conducía a su pueblo y le concedía victorias sobre las naciones que les habían hecho frente en su viaje desde Egipto. Habían oído hablar también acerca de la apertura del Mar Rojo unos cuarenta años antes, y de los terribles juicios que cayeron sobre los egipcios justo antes del éxodo. La historia de su viaje y de los milagros de Dios era bien conocida por todos en Jericó (Jos. 2: 10). Temían por su vida, ya que los israelitas estaban ahora a pocos kilómetros de allí.

Los informes relativos al Dios de Israel suscitaron un tremendo temor defensivo entre los habitantes de Jericó; no querían someterse al señorío del Dios de Israel. El temor de Rahab era, aparentemente, distinto. Los informes

describían a un Dios con quien a ella le habría gustado relacionarse; su temor era si ese Dios la aceptaría. Por medio de estas historias se había sembrando una semilla de esperanza en su vida. Mientras más se repetían, el hambre de Dios crecía en intensidad en su alma.

Su creciente pasión por pertenecer al Dios de Israel se puso en evidencia cuando los espías entraron en la ciudad. Esos extranjeros indeseados eran una amenaza para los habitantes de Jericó, pero Rahab les dio la bienvenida en su casa, a riesgo de padecer el escarnio, la ira y el odio de sus conciudadanos. Interpretó el hecho de que los espías eligieran su casa como la oportunidad de su vida para satisfacer los profundos anhelos de su alma: sus ansias de formar parte de la sociedad y de gozar la salvación del Dios de Israel. Por eso, cuando los atemorizados y desafiados soldados de Jericó entraron en su casa en busca de los espías, ella camufló la realidad y dijo: «Es verdad que unos hombres vinieron a mí, pero no supe de dónde eran. [...] Siendo ya oscuro, esos hombres se salieron, y no sé adónde han ido» (vers. 4, 5). Se había dispuesto a esconder a esos espías, aunque ese acto implicara una traición a su país.

La esperanza había llamado a su puerta, y aquella mujer desesperada se aferró de ella.

Podría haber impedido que esa gente entrara en su casa; o podría haber aprovechado la oportunidad de ganar el favor de los que la despreciaban al entregar los



espías. Pero ellos habían venido como espías, y ella se convirtió en su informante cuando les dijo: «El temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del país ya han desmayado por causa de vosotros» (vers. 9). Los hombres y las mujeres de Jericó sufrían los dolores del temor a la muerte; habían perdido el valor y la paz. La esperanza, por otra parte, hizo de Rahab una mujer valiente, audaz y pacífica. La indujo a hacer lo que otros en Jericó creían imposible. La esperanza la liberó del temor.

La fe: un árbol de esperanza

Rahab se aferró de la oportunidad que se le presentó, y declaró sin ambages: «Sé que Jehová os ha dado esta tierra» (vers. 9). Rahab permitió que la semilla de la esperanza se desarrollara en ella hasta convertirse en un árbol de fe en el Dios de Israel.

La esperanza llamó a su puerta, y la desesperada se aferró de ella.

Rahab demostró su fe y su esperanza por lo siguiente:

- Instó a los espías a que juraran por el Dios de Israel y no por los dioses que ella había servido toda su vida. Como Jacob, no los dejó ir si no la bendecían. Con audacia, les hizo formular una promesa imposible: «Yo les salvé la vida; salven la mía también». Imposible, porque los espías sabían que la orden de Dios era que nadie quedara con vida allí. Pero la esperanza hizo de ella una mujer persistente.
- Su esperanza de salvación por medio del Dios de Israel se manifestó por su pedido de salvación para ella y su familia. Creía que el Dios de Israel salva a los que deciden ser salvos. Esta esperanza le dio el valor de extender a otros la salvación también.

- Su insistencia en una “señal segura” pone de manifiesto su fe en que el Señor Dios de Israel es digno de confianza y cumple sus promesas.

El cumplimiento: los frutos de la esperanza

La esperanza hizo que la obediencia de Rahab fuera voluntaria y un deleite a la vez; esperar era un gran gozo para ella. Antes de salir, los espías recompensaron a Rahab al aceptar su pedido: «Nuestra vida responderá por la vuestra» (vers. 24). La fe de Rahab tuvo su compensación; los espías le prometieron que serían responsables si se perdía algún miembro de su familia. Pero insistieron en que se cumpliera la otra parte del trato: la obediencia.

Por eso, con mucha esperanza, Rahab bajó a los espías por medio de una cuerda, por la parte externa del muro sobre el que estaba su casa, les indicó por dónde debían ir para estar seguros, ató a la ventana el cordón de grana, invitó a su casa a los demás miembros de su familia y esperó paciente pero felizmente el cumplimiento de las promesas de Dios. Creo que cada vez que veía el cordón de grana atado a la ventana se sentía más esperanzada.

La esperanza llamó a su puerta, y la desesperada se aferró de ella, se abrazó de ella y la vivió.

El séptimo día Israel rodeó la ciudad por última vez. Al caer los muros, los dos espías prontamente cumplieron las órdenes de Josué, y salvaron la vida de Rahab y los miembros de su familia. Mientras todos perecieron en Jericó, Rahab y su familia hallaron gracia ante los ojos de Jehová. Su esperanza obtuvo recompensa, y conservaron la vida. «Por fe Rahab, la ramera, no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz» (Heb. 11: 31).

Además de esta bendición, Rahab fue totalmente adoptada por la familia de Israel, con derecho a casarse con un israelita. Esto la ubica en la línea genealógica que llega no solo hasta el rey David, sino también hasta Jesús mismo, el Mesías de Rahab. Forma parte del trío de mujeres que figuran en el árbol genealógico de Jesús (Mat. 1: 5, 6).

¡Qué viaje! La esperanza la llevó, espiritualmente, desde Jericó hasta Canaán; desde una vida de prostitución hasta llegar a ser uno de los antepasados del Mesías; desde enemiga del Reino a ciudadana del Reino. Para esta ramera sin esperanza, el viaje comenzó con algunas historias de esperanza. Se sembró una semilla de esperanza en su corazón, que creció y llegó a ser un gran árbol de fe; y la esperanza que ella abrazó obtuvo una gran recompensa.

¿Se aferra usted fielmente todavía a esta esperanza?

Preguntas para compartir

1. ¿Qué persona conoce usted que podría beneficiarse ahora mismo con una historia de esperanza?
2. ¿Qué historias acerca de Dios se podrían compartir, para brindar esperanza?
3. ¿Cómo deberíamos vivir para que los demás vieran en nosotros la esperanza que hemos adoptado?

**BREMPONG OWUSU-ANTWI**

Vicerector de la Universidad Adventista del África,
con sede en Nairobi (Kenya).

Daniel, la esperanza vindicada

Hay batallas que se pueden perder, pero la guerra se puede ganar.

En 2005, el equipo de fútbol de Ghana, los Estrellas Negras, calificó para competir en el campeonato mundial de Alemania. Practicaron mucho, pero fracasaron en su primer partido. No obstante, no perdieron la esperanza. Creían que, aunque una batalla no había dado resultado, todavía estaban en condiciones de ganar la guerra.

Además de entrenarse con esmero, el equipo introdujo algunos cambios, tales como nombrar a un nuevo director técnico y cambiar de posición a algunos jugadores. Esta combinación funcionó, y cuando terminó el campeonato estaban calificados. Los Estrellas Negras perdieron una batalla al principio pero, motivados por la esperanza, al fin ganaron la guerra.

El relato bíblico acerca del viaje de Daniel también demuestra que es posible perder una batalla pero al final ganar la guerra. Vamos a examinar desde tres perspectivas cómo funcionó la esperanza en la experiencia de Daniel: su vida durante el cautiverio, su vida diaria en Babilonia y Medo-Persia, y cuáles eran sus aspiraciones mientras estaba allí.

Jerusalén: esperanza para las batallas perdidas

En el año 605 a.C. Nabucodonosor, rey de Babilonia, y sus ejércitos, sitiaron y tomaron Jerusalén (Dan. 1: 2). Después de la toma de la ciudad, Nabucodonosor llevó a Babilonia a muchos cautivos judíos y algunos objetos del templo de Dios. Mientras avanzaban custodiados por insensibles lanceros y bajo estricta vigilancia militar, a los cautivos les parecía que todo se había perdido: los paganos habían derrotado al pueblo de Dios.

Moisés les había repetido a los israelitas, muchas veces, que si desobedecían los mandamientos de Dios serían llevados en cautiverio (Deut. 28: 36, 64; Dan. 9: 5, 6); y, cuando llegó el momento, Dios los entregó en manos de los paganos. Se sentían derrotados, desesperados y desanimados. Pero Daniel, uno de los cautivos, creía que aunque una batalla se había perdido todavía se podía ganar la guerra. Todavía había esperanza de perdón, liberación y restauración.

Como prisionero, Daniel enfrentó la desesperanza, y aun en medio de ella se aferró del Dios de la esperanza. ¿No había dicho el Señor, acaso: «Si pecáis, y os envío al exilio y os arrepentís, yo volveré atrás, y os perdonaré, y os traeré de vuelta a Jerusalén» (Lev. 26: 40-45; 2 Crón. 7: 13-15)?

Nuestras circunstancias pueden ser téticas; nuestras condiciones desastrosas; nuestra situación nos puede parecer desesperada; pero si el Dios omnipotente tiene todo bajo control, hay esperanza: y la esperanza inspira constancia (1 Tes. 1: 3).

Una esperanza actual para los desafíos de todos los días

Cuando Daniel llegó a Babilonia, dos incidentes le mostraron cómo funcionaba la esperanza frente a los desafíos que tenía que enfrentar todos los días como sirviente en tierra extraña. El primero fue la tentación a compartir la mesa del Rey.

Daniel y otros jóvenes cautivos que habían sido seleccionados, debían prepararse para servir al Rey. Se les asignó «ración para cada día, de la provisión de la comida del rey, y del vino que él bebía» (Dan. 1: 5). Muchos de los jóvenes cautivos se debieron haber sentido felices de participar de la comida del Rey, pero en Daniel 1: 8 leemos: «Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía; pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligase a contaminarse». Sabía que Dios había prohibido esos alimentos a su pueblo porque previamente habían sido ofrecidos a los ídolos y porque no eran buenos para su salud. Él también estaba al tanto de:

1. Con una buena base bíblica, podía contrarrestar los falsos conceptos que se les querían imponer.
2. Aunque le cambiaran el nombre, no cambiaría de Dios ni dejaría de ser leal a él.
3. Los efectos de lo que comemos sobre nuestra claridad mental, nuestra capacidad de resistir la tentación y de distinguir entre el bien y el mal son directos. Por eso, mientras que la mayoría

de sus compatriotas, que compartían su religión, se conformaron con las comodidades que les ofrecían las condiciones de vida impuestas por los babilonios, Daniel decidió ser fiel a Dios y a sus leyes. Era perfectamente consciente de que esta actitud le podía acarrear la muerte, pero confiaba en que el Señor era capaz de protegerlo de esa posibilidad.

Ciertamente el Altísimo honró la fe de Daniel. Al cabo de diez días de abstenerse de ingerir la comida del Rey, Daniel y sus tres amigos tenían mejor aspecto que aquellos que la habían comido. Además, en ocasión del examen final después de tres años de estudios, se decidió que Daniel y sus amigos eran diez veces mejores que los que no habían sido fieles a Dios.

En una segunda situación, Daniel, un funcionario de alto rango en ese momento, había sido elegido para ocupar el cargo de primer ministro. Sus colegas, inducidos

Preguntas para compartir

1. ¿Ha habido momentos en los que usted se ha sentido desesperado y sin salida? ¿Cómo enfrentó esos sentimientos? ¿Manifestó Dios finalmente que está controlando la situación?
2. Cuando usted pierde una batalla, ¿tiende a renunciar o sigue insistiendo hasta ganar la guerra? ¿Le ha ayudado este devocional a cambiar su perspectiva al enfrentar desafíos y aparentes derrotas? Si es así, ¿de qué maneras?

por la envidia y los celos, convencieron al Rey para que promulgara «*un edicto real y lo confirmes, que cualquiera que en el espacio de treinta días demande petición de cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones*» (Dan. 6: 7).

¿Recurriría Daniel a su posición política y a su diplomacia a fin de salir del paso? Siguió manifestando la misma evidente esperanza de antes al seguir orando a su Dios tres veces al día, como de costumbre.

A instancias de sus colegas y ante la desazón del Rey, Daniel fue arrojado al foso de los leones. Una vez más se cumplió su esperanza: el Señor libró a Daniel de los leones.

Dios puede proteger y sostener a los que esperan en él. El profeta Isaías lo expresó de este modo: «*No se avergonzarán los que esperan en mí*» (Isa. 49: 23).

Daniel prevaleció sobre los desafíos de todos los días, porque confiaba en el Dios al que conocía personalmente gracias a su diaria comunión con él. No dejaría que nada, ni siquiera la muerte en el foso de los leones, lo apartara de esto.

¿Cuánto tiempo dedica usted a la comunión con Dios y al estudio de su Palabra? Algo importante con respecto a la esperanza es que debe haber una relación real con su Origen y un conocimiento verdadero de él. Daniel los tenía, y por eso prevaleció. Nosotros también podemos prevalecer si tenemos una firme relación personal con el Origen de la esperanza.

La esperanza de un mañana mejor

Daniel se había salvado del foso de los leones. Sus enemigos habían sido destruidos. Se lo había ascendido y prosperaba en Medo-Persia. Pero ese Imperio no era su hogar. El Señor le reveló en visión los planes que tenía para su pueblo, y con

ello infundió esperanza en el corazón de Daniel y en el de los lectores de su libro. Al profeta se le señaló un glorioso futuro, en el que se consumarán los propósitos divinos con respecto a la raza humana. Vio la venida del Mesías, Jesucristo, y su muerte expiatoria en favor de los hombres (Dan. 9: 23-27), su obra intercesora en el Santuario Celestial (8: 9-14), y el momento en que ocurrirá el Juicio y se tomará la resolución final en cuanto al conflicto cósmico.

En la visión, se le dice a Daniel que el tiempo del fin todavía no había llegado. Pero se anima al pueblo de Dios a aferrarse de la esperanza del triunfo final del Señor sobre sus enemigos. Habrá momentos en los que las fuerzas del mal aparentemente ganan, al oprimir y perseguir a los santos, pero su liberación es segura.

El libro de Daniel habla de esperanza en medio del conflicto y la persecución. La historia podría indicar que los acontecimientos están fuera de control, y los reinos del mundo pueden aparecer como triunfantes unos sobre los otros, sin tener un propósito definitivo para el futuro. Pero Daniel nos dice que efectivamente Dios está a cargo de todo y conduce los acontecimientos del mundo hacia su objetivo final, a saber, el establecimiento del Reino de Dios en la tierra.

Esta esperanza tiene como centro la venida del prometido Mesías, a quien Dios le entregará el Reino eterno.

El mundo en que vivimos puede parecer fuera de control y en estado de caos, pero nuestra esperanza nos asegura que no es así. Ciertamente Dios está obrando en medio de este aparente caos para concretar nuestra esperanza. Sigamos alentándola mediante el estudio de la esperanza de Daniel, que es en efecto la esperanza adventista.





TERESA REEVE
Profesora de Nuevo Testamento
en el Seminario Teológico Adventista
de la Universidad Andrews (EE.UU.).

María, la esperanza desafiada

El honor de ser la madre del Mesías no la preparó para el dolor de perderlo.

Era una jovencita más sin trascendencia, y su lugar de origen también carecía de importancia. Las Escrituras presentan a María sin ningún estruendo, y lo único que dicen es que era la novia de José, el carpintero. Sin duda, ella no tenía razón alguna ni oportunidades de esperar algo mejor. La constante lucha por la supervivencia en las rudas colinas que rodeaban a Nazaret la mantenía muy ocupada acarreando agua, cuidando de las cosechas, preparando alimentos, trabajando en la rueca y tejiendo.

Pero, al concurrir a la sinagoga cada sábado, María oía cosas que la acompañaban toda la semana. Al leer la Ley podía recordar cómo había redimido Dios a su pueblo en el pasado, y al leer los profetas debió haberse conmovido con las profecías respecto de la futura redención y del Juicio. Algunos, incluso, insistían en que esa redención se iba a manifestar pronto, con la llegada del Mesías, el Ungido, el enviado por Dios. «¿Será posible –debió haber pensado– que yo vea ese día?»

El anuncio y la llegada de la esperanza

Nada podría haber preparado a María para la súbita aparición del ángel portador de un inimaginable mensaje de Dios. Su primera reacción fue de total confusión, cuando el ángel le aseguró que gozaba del favor de Dios. Lo que siguió, carecía totalmente de sentido para esa joven virgen soltera. Le prometió: «*Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo*». Y siguió diciendo cosas que le convirtieron la mente en un torbellino. «*Este será grande, y será llamado hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el reino de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin*» (Luc. 1: 30-33).

Un torrente de emociones debió haber invadido el alma de María: temor, espanto, alegría... y una corriente de luminosa esperanza para un futuro que repentinamente estaba al alcance de la mano, y en el que no se había atrevido ni siquiera a soñar antes. «¿Cómo será esto?», preguntó (vers. 34). Pero el ángel le aseguró que así sería.

Los momentos que pasó María con el ángel son únicos y descollantes en la historia humana. Pero la mayor parte de nosotros también, en medio de la rutina de nuestras vidas ordinarias, recordamos los momentos en que los amantes planes de Dios llegaron a ser innegablemente personales. Momentos cuando Dios descorrió el velo de neblina de las preocupaciones cotidianas, para irrumpir en nuestras vidas con el inconfundible llamamiento que

no nos atrevimos a rechazar; con resplandecientes promesas de su presencia, que habríamos sido insensatos si las hubiéramos resistido. Y, como María, respondimos agradecidos, temerosos, confiados: «Sí»; a menudo sin la más mínima idea de los compromisos que estábamos asumiendo.

A medida que su cuerpo se engrosaba, poco a poco María se conformó con la experiencia por la que estaba pasando. En una visita a su también bienaventurada prima Elisabet, se maravilló por la notable consideración de Dios hacia ella y otros humildes miembros de su pueblo. Estalló en alabanza hacia aquel que acudía en auxilio de su pueblo, tal como lo había prometido. A lo largo de los agonizantes días de las dudas de José, sobrevivió gracias a esta esperanza, aferrándose tenazmente del vívido recuerdo del ángel y de sus conmovedoras palabras.

El nacimiento del Prometido, su hijo Jesús, la llevó en triunfo en medio del dolor y la vergüenza del establo. La experiencia de tener a Jesús en brazos y contemplar su rostro perfecto, redujo a la insignificancia incluso las maravillosas historias de los pastores, los magos y los justos que el Señor eligió para que celebraran el nacimiento de su Hijo. A menudo, María debió detenerse y revisar sus pensamientos y sus experiencias, para tratar de comprender la dulce niñez de su Hijo, y la realidad de su papel como Hijo de Dios y Rey eterno (Luc. 2: 19).



Otros incómodos pensamientos debieron haber formado parte de sus cavilaciones. ¿Dónde estaba la bienvenida que merecía el Rey Salvador? ¿Por qué envió Dios pastores y gente insignificante en lugar de los dirigentes de su pueblo? Estas preguntas no se disiparon cuando Jesús se desarrolló. Aunque sus crecientes sabiduría e inteligencia le causaron alegría, María luchaba con la amargura que experimentó al descubrir que su Hijo se apartaba en cierto modo de ella y de José, para unirse a su Padre celestial (Luc. 2: 46-50). Pero se fortaleció

para lo inevitable: para el momento en que él se fuera de casa con el propósito de cumplir la obra que Dios le había encomendado.

Aunque él se quedó con ella durante treinta maravillosos años, no fue fácil cuando su amado Hijo le dijo adiós y salió de la aldea. Después lo vio en ocasiones, por cierto, porque él estableció su sede cerca, junto al lago, en Capernaum. A menudo su corazón se llenaba de satisfacción cuando oía a los viajeros hablar acerca de sus notables milagros y sus hermosas enseñanzas.

María se regocijaba por la obra que él estaba haciendo. Pero, aunque él siempre era amable cuando la veía, echaba de menos los momentos que habían pasado juntos. Con seguridad nunca se imaginó cómo lo tendría que dejar ir. El llamado y la promesa de Dios, descubrió ella, no siempre son garantía de un sendero libre de sufrimientos, construido de acuerdo con los propios deseos y experiencias. Aun cuando la esperanza de la salvación prometida por Jesús parecía imposible o distante, María se aferraba de la promesa del ángel y de la fidelidad del Dios que lo había enviado.

La esperanza crucificada

Noticias acerca de declaraciones de Jesús, cada vez más perturbadoras, le llegaron a María junto con informes de crecientes conflictos con los dirigentes religiosos. La visita de Jesús a Nazaret fue desastrosa, con la gente –algunos de ellos amigos y parientes de María– dispuesta a despeñarlo. ¿Cómo podría cumplir él su misión, cuando circulaban rumores acerca de que lo estaban buscando para darle muerte? Luchó para dominar su pánico, cuando se enteró de que estaba viniendo hacia Jerusalén.

María se encontraba en aquella ciudad para la Pascua, cuando le llegaron noticias de que Jesús había sido arrestado. Impotente como era, solo podía orar y correr a su lado. Mientras todavía estaba lejos, se dio cuenta de que sus oraciones no surtirían el efecto deseado. Recortándose contra el cielo de Jerusalén se erguían tres horribles cruces romanas. En el medio, reconoció la preciosa forma de su Amado, de su Hijo. Torrentes tenebrosos se agolparon a su alrededor cuando se acercó a sus ensangrentados pies. Por un momento el horror se disipó cuando él, dirigiéndole la mirada, le dijo: «*Mujer, este es tu hijo*». Y al amigo que estaba junto a ella, le repitió: «*Hijo, esta es tu madre*» (Juan 19: 26, 27). Esta última muestra de bondad la llenó de gratitud; pero el abrumador peso del horror cayó de nuevo sobre ella cuando él pronunció sus últimas palabras y murió.

De alguna manera María logró que alguien la alejara de la cruz y la llevara a través de las calles de Jerusalén a una humilde morada, donde gente bondadosa hizo todo lo que pudo para que se sintiera cómoda. Pero no tenía consuelo; su Hijo ya no existía. En esos momentos, cuando la realidad forzó su entrada, el dolor de su corazón amenazaba inundarla. Una vida de amor, de sueños y de esperanzas se había destruido en un momento. Y el eterno trono de David, ¿dónde estaba? ¿Y la salvación que Dios había prometido? ¿Había fallado ella en algo? ¿Había fallado Dios? Al seguir los caminos del Señor, aparentemente María había desembocado en la pesadilla de la muerte de todos sus sueños. En la Cruz, como a tantos otros a lo largo de los siglos, se le pidió a María que renunciara a todas sus espec-

tativas humanas para permitir que Dios obrara en su vida; y ella esperaba desolada ante él.

La esperanza viviente

¿Podemos imaginar, acaso, el gozo inefable, el estremecimiento de alegría que se debió haber apoderado de María ante la certidumbre de que Jesús verdaderamente se había levantado de entre los muertos? ¡La muerte de sus sueños no había sido, ciertamente, la muerte de las promesas de Dios! Con los ojos de la imaginación, podemos verla mientras danza de alegría como si aún fuera una jovencita. Todas las dudas y las recriminaciones que abrumaban su corazón se disolvieron. En lugar de todo ello, experimentó una profunda paz, más vasta y más serena que todo lo que jamás hubiera conocido.

Al reunirse regularmente con los apóstoles y otros creyentes, María escuchó sus historias, estudió las Escrituras que Jesús le había señalado, y oró pidiendo su sabiduría y su conducción. La alborada del entendimiento invadió su corazón: la muerte de su Hijo, lejos de ser la evidencia del fracaso de las promesas de Dios, en realidad era una completa victoria: la salvación de la muerte misma. Tampoco la desanimó el hecho de que hubiera desaparecido con las nubes de los cielos. Se regocijó porque él pudo ocupar entonces su lugar al lado de su verdadero Padre, para poner a disposición de todos los que acudieran a él con fe una vida verdadera que no tendrá fin. María no sabía qué le deparaba el futuro, pero Jesús había pro-

metido que estaría con ellos siempre, y el triunfo de su muerte prevalecería. Él lo había prometido.

La lucha por la que tuvo que pasar María durante esos oscuros días, en que su esperanza primero fue desafiada y después se hizo pedazos, es la lucha por la que todo creyente debe pasar, en mayor o menor escala. Cuando Dios le habló a María por medio del ángel, también le aseguró que nosotros gozamos del favor del Señor. Tal como a María, nos ha llamado a ocupar un lugar especial en su servicio. Tal como ocurrió con María, en nuestras vidas habrá momentos en que aparentemente no tendrán sentido los lugares por donde Dios nos conduce.

En esos momentos, no tendremos otra solución sino someter nuestros vanos intentos de manejar nuestras vidas, y abandonar toda posesión terrenal que creamos que tenemos derecho a poseer. Solo en este vacío de la entrega a nuestro Señor muerto y resucitado podremos descubrir la verdadera paz y la auténtica libertad. Únicamente en él podremos encontrar el pleno perdón y el amor insondable que anhelan nuestros corazones.

Aferrémonos de nuestra esperanza en la viviente presencia de Cristo cuando nuestra dedicación a él parezca acarrear solo pobreza y dolor. Aferrémonos a ella cuando el servicio que comenzamos para él esté empantanado en el fracaso y la desesperanza. Recordemos que su amor nos rodea y que su brazo nos fortalece. Y, cuando amanezca, cuando lo veamos cara a cara, descubriremos que valía la pena haberlo hecho.

Preguntas para compartir

1. La primera venida de Jesús se anunció a muchas generaciones antes de que sucediera. Pero, cuando por fin ocurrió, pasó inadvertida para la mayor parte del pueblo de Dios. Haga una lista de cinco razones por las cuales esto ocurrió. Haga otra con cinco consejos para que esto no ocurra cuando venga por segunda vez.
2. ¿En qué sentidos puede María ser un modelo para nosotros? ¿Cómo refleja su experiencia la nuestra?
3. Al pueblo de Dios se le pide a veces que soporte varios tipos de quebrantos. ¿Qué lecciones de la vida de María nos ayudan a hacerlo?

**GABRIELE STANGL**

Jefa de capellanes del Hospital Adventista Waldfriede en Berlín.
Fundó el primer programa de atención a bebés abandonados.

Pablo, la esperanza experimentada

La esperanza puede ser a la vez una palabra y una realidad.

En el instante justo cuando llegué a casa después de un largo día de trabajo, recibí la noticia de que Susana acababa de morir. ¡Era tan joven! Y la noticia había sido tan inesperada. La enfermera de la guardia me informó que todo había sucedido antes de que se pudiera poner en contacto conmigo. “¡Debería haber visto qué feliz se sentía! ¡Nunca vimos morir a nadie con semejante sonrisa!”

Los recuerdos de las últimas seis semanas pasaron en segundos por mi mente. Susana era fuerte. A pesar de eso, en poco tiempo el cáncer se había extendido por todo su organismo. Como enfermera, sabía que el pronóstico era malo. Pero conscientemente puso su confianza en Dios, dispuesta a aceptar cualquier plan que él tuviera para ella. Un ungimiento, muchas conversaciones pastorales y telefónicas llenaron esas pocas últimas semanas. Gracias a Dios, era evidente que ella no iba a permitir que su enfermedad la deprimiera; todo lo contrario. Había crecido con la convicción inquebrantable de la esperanza de la resurrección; nada le daba mayor consuelo. En su condición desesperada, se convirtió en un fanal de esperanza. Su muerte puso de manifiesto de qué manera nos fortalecen la gracia y el amor de Dios. Tenía una paz con aquel Señor que está a disposición de todos los que participan de la gracia divina, que nos hace justos ante Dios por medio de Cristo. Para Susana, las promesas del Altísimo eran plenamente seguras.

La esperanza: un caso de estudio

El apóstol Pablo describió bien lo que los cristianos experimentamos en este mundo de pecado y muerte: «Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Rom. 5: 3-5).

Cualquiera que haya hecho semejante declaración debió haber tenido alguna experiencia en estos asuntos. Saulo, lleno de fe, llevaba una vida “justa”, trabajaba duramente para conservar su condición ante Dios. «Hebreo de hebreos; en cuanto a ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, irreprochable» (Fil. 3: 5, 6).

Pero, en el camino a Damasco ocurrió algo que le dio vuelta la vida y se la puso cabeza abajo: se encontró con Jesús. La gloria que rodeaba al Hijo de Dios lo encegueció; pero su entendimiento se iluminó con tal resplandor, que pudo comprender cuán necesaria era su entrega a Jesucristo. Comprendió que sola-

mente Cristo lo podría liberar de la carga del pecado; que solo él podía renovar su vida y proporcionarle nuevos objetivos aquí, en la tierra. Se llenó de desesperación al recordar todo lo que les había causado a los seguidores de Cristo; pero la esperanza renació cuando pensó en el Crucificado que se había levantado de los muertos y le había otorgado la esperanza de la vida eterna. Desde ese momento, no quiso saber otra cosa «sino a Jesucristo y a éste crucificado» (1 Cor. 2: 2).

En el camino a Damasco, Saulo se convirtió en Pablo; llegó a ser una nueva criatura. Las buenas noticias que descubrió eran que Cristo ya había provisto todo lo que necesitaba; que podría enfrentar el futuro con confianza, como un amado y redimido Hijo de Dios.

Cuando Jesús se encuentra con nosotros, cuando toca nuestros corazones, todo cambia. De repente entendemos, por la fe, que Dios se hizo uno de nosotros en Jesucristo. Pagó por nuestros pecados en la Cruz. ¡Y resucitó! ¡Y vive! No se le escatimó este conocimiento a Pablo. Le entregó de todo corazón su vida a su Señor, y se unió a los creyentes, que lo ayudaron y lo sostuvieron en su nueva vida. Los primeros cristianos fortalecieron la fe de Pablo, le hablaron de Cristo y de su amor, y lo ayudaron de muchas maneras a ponerse “de pie”.

La esperanza y la iglesia

La esperanza necesita un firme fundamento para que no se disipe ni falle. En mi experiencia con mujeres que decidieron

abandonar a sus bebés después de haber dado a luz, continuamente me he tenido que enfrentar con este importante hecho: no basta con que hayan encontrado un lugar donde puedan hablar de sus problemas o hallar a alguien en quien puedan confiar. Necesitan un firme fundamento; un colaborador capaz de apoyarlas con palabras y con hechos. Alguien que las ayude a encontrar el auxilio que necesitan, y que les dé un espacio de seguridad y cuidado en momentos de inseguridad.

Pudimos ayudar a una mujer que abandonó a su niño luego del parto, pero que después regresó a buscarlo. Un año más tarde, me confió: “Ahora tengo valor y confianza en mi vida. Tengo esperanza, y soy fuerte, como nunca lo fui antes”.

La gente que comienza a vivir su nueva fe necesita de otros cristianos que, por medio de su propia experiencia en la fe, los puedan animar y fortalecer. La fe contempla el futuro, pero sus raíces se encuentran en el presente y en el pasado. Se debe vivenciar la experiencia; y todos nosotros maduramos gracias a ella. Porque conocemos a Dios por propia experiencia, podemos reconocer su amor y su cuidado en nuestras vidas diarias. Siempre podemos confiar en sus promesas, aun frente a la incertidumbre del futuro.

Pablo experimentó todo esto. Ananías acudió, por pedido de Jesús, para auxiliarlo (Hech. 9: 10-19). Por medio de él, Dios le dio una nueva perspectiva para su vida, llena del Espíritu Santo y plenamente equipada para su servicio. La meta de Pablo: estar con Jesús, era la fuerza que impulsaba su obra. Este anhelo le otorgó la capacidad de superar sus experiencias más difíciles. Jesús, y nadie más ni nada más, era la base de la bien fundada esperanza de Pablo. Cuando el Señor le reveló cuánto tendría que sufrir por el nombre de Cristo (Hech. 9: 16), el apóstol no rechazó el llamado. Por el contrario, esto lo indujo a sumergirse más profundamente en la Palabra de Dios. Por eso escribió lo siguiente: «*Pero una cosa hago: olvidado ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está adelante, prosigo a la meta*» (Fil. 3: 13).

Este es el Pablo que conocemos: alegre, esperanzado, capaz de soportar el sufrimiento, fuerte, paciente, lleno del poder del Espíritu Santo. Un hombre que se ha-



bía consagrado a Dios plenamente y de todo corazón, y que aún hoy nos consuela y nos infunde confianza cuando nos exhorta diciéndonos: *Sed «gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración»* (Rom. 12: 12). Así nos habla a través de los milenios. El que entonces himnos de alabanza mientras se hallaba encadenado era consciente, en medio de las tribulaciones, de que tenía «*esperanza en Dios [...] que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos*» (Hech. 24: 15). La luz que vio cuando se encontró con Jesús se convirtió en la firme convicción de que «*las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse*» (Rom. 8: 18).

Esperanza para hoy

Una querida anciana dijo, antes de someterse a una operación: “No le tengo

miedo a esta cirugía. Me he puesto en las manos de Dios, en las que he estado toda mi vida. Cuando me anestésien, me quedaré dormida. Al despertar veré a la enfermera, o el amado rostro de Jesús. ¿Por qué tendría que temer?”

Pablo también poseía esta misma seguridad en Cristo. Su viaje de esperanza llegó a su apogeo cuando declaró, al final de su vida: «*Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida*» (2 Tim. 4: 6-8).

Sin duda, Pablo aprobaría las palabras de ese gran himno adventista, que debería ser el lema de todo miembro de iglesia: “¡Tenemos esta esperanza!”

Preguntas para compartir

1. ¿Quién, en su vida, ha sido un modelo de esperanza en Cristo? ¿Cómo se manifestó la esperanza de esa persona?
2. Responda brevemente: ¿Cómo llegó usted a entender que su relación con Dios dependía de su fe en la justicia de Cristo y no en la suya propia?
3. ¿Cómo pueden demostrar los cristianos, aquí y ahora, su esperanza en la vida eterna? ¿Qué formas debería tomar esa esperanza? Mencione por lo menos cinco.



JAMES CRESS
 Secretario de la Asociación Ministerial
 de la Asociación General.

Juan, la esperanza revelada

En medio del exilio y la soledad, el apóstol encontró esperanza para todos.

Este anciano era el último que quedaba, y estaba completamente solo.

Tenía casi 100 años, y todos sus compañeros se habían esfumado. Su hermano Santiago sufrió el martirio; fue el primero de los doce que murió por su fe. Pablo había sido decapitado. Pedro fue crucificado cabeza abajo, y Tomás desapareció, posiblemente allá lejos, en el oriente de la India. ¿Quién podría saber adónde habían ido a parar todos los demás?

En ese momento, cerca de setenta años después de la resurrección, Juan, el único apóstol que quedaba vivo, estaba exiliado en una isla, que a la vez era un penal, que se llamaba Patmos: una horrenda protuberancia de roca volcánica ubicada en el mar Egeo, a pocos kilómetros de la costa del Asia Menor.

Demasiado mayor para las labores de un campo de prisioneros, simplemente ahí estaba, ya que hasta los rudos romanos no esperaban que ese anciano produjera mucho. Lo dejaron ahí, abandonado, junto a sus recuerdos y sus anhelos.

Gracias a su aguda memoria, Juan podía recordar muy bien cómo Andrés y él habían oído primero a Juan el Bautista, que predicaba acerca del Redentor que estaba por venir; cómo se había unido primero al ministerio de Jesús y, a continuación, junto con su hermano Santiago, Pedro y Andrés, había aceptado su invitación para ser discípulos de tiempo completo del Salvador, quien los había llamado a dejar sus redes para convertirse en pescadores de hombres.

Se acordó con remordimiento de su antigua impaciencia provocada por el hecho de que el Reino, que él estaba seguro Jesús iba a establecer pronto, en realidad avanzaba a paso de tortuga. Estaba listo, y hasta ansioso, de derribar todo obstáculo o derrotar a cualquier enemigo que se interpusiera en el camino de la rápida ascensión del Señor y su conquista del poder. Juan había manifestado más de una vez su impetuosa disposición, como por ejemplo cuando reprendió a un individuo que trabajaba en el nombre de Jesús sin haber abrazado formalmente el discipulado (Luc. 9: 49). O cuando sugirió que cayera fuego del cielo para destruir la aldea que había rechazado el pedido de Jesús de permanecer en ella (vers. 52-56). Y él, junto con su hermano, no vaciló en promoverse, cuando le solicitaron a su madre que pidiera a Jesús que reservara para ellos los puestos más importantes en el Reino que creían que muy pronto se iba a establecer.

Pero el Reino no había llegado; incluso la misma oración del Señor: «*Venga tu reino*» no se había cumplido. Y solo bastaba que alguien contemplara el desolado océano para reconocer que la voluntad de Dios en la tierra era violada per-

manentemente. Si así no hubiera sido, Juan no habría estado aislado consumiendo su existencia en el exilio cuando había podido estar predicando y enseñando en las iglesias del continente, donde había servido con tanta fidelidad.

El carácter de Juan se había suavizado, subyugado y transformado con el tiempo. El guerrero preparado para el combate se había convertido en un pastor bien dispuesto que amaba a Jesús por encima de todo, y a sus seguidores con toda el alma. En efecto, eso era lo que hacía del exilio en Patmos algo tan amargo para él: su separación del pueblo de Dios. Cuánto anhelaba predicar, enseñar, animar, visitar, bautizar, fundar y fortalecer iglesias. Pero nada de eso ocurría. Ellos estaban allá, y él estaba aquí. Completamente solo... y se sentía solo.

Pero su fe nunca vaciló. Era fácil para Juan cavilar acerca de si Jesús había olvidado su promesa de volver. Recordaba esas declaraciones tan reconfortantes y que brindaban tanta seguridad, como por ejemplo: «*Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo; para que donde yo estoy, vosotros también estéis*» (Juan 14: 3). Y esta otra: «*Ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver*» (16: 22).

Pero la realidad era evidente: Jesús no había regresado. Día tras día solitarios, Juan permanecía solo. Nadie venía a verlo; nadie le escribía; nadie lo visitaba.

Pero, un día, algo ocurrió: ¡Jesús vino! Era sábado, y Juan estaba en profunda comunión con el Espíritu Santo, re-



flexionando acerca del prometido Día del Señor y de la bendita esperanza del momento en que todas las cosas buenas serían restauradas. «Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia» (Apoc. 1: 10, 11).

¡Jesús había cumplido su promesa! ¡Había vuelto! El clamor del solitario corazón de Juan había sido oído y contestado: Jesús estaba allí. Esa desolada isla-cárcel se transformó, en un instante, en una catedral paradisiaca de alabanza, gracias a la presencia de Jesús. Las pruebas y las tribulaciones que habían encorvado el cuerpo de Juan y habían subyugado su espíritu, quedaron relegadas en el olvido ante la presencia del Señor. Los largos y difíciles años de lucha quedaron olvidados frente a la suprema alegría de ver a Jesús de nuevo. Y el Señor trajo buenas noticias, no solo para Juan, sino también para todo el pueblo de Dios de todas partes. Jesús le mostró a Juan maravillosas verdades, le encargó que las escribiera y las enviara a las iglesias. Buenas nuevas. ¡Las buenas nuevas del evangelio! Las nuevas de su regreso.

No sabemos por cuánto tiempo permaneció Jesús con Juan ese sábado, allí en Patmos. No sabemos si recibió el mensaje en una sola visión o en una sucesión de visiones. Lo que sí sabemos es que Juan tomó de nuevo su pluma y comenzó a escribir las palabras de Dios para su pueblo.

Al escribir desde la ventajosa posición de alguien que había pasado por algunos de los más dramáticos momentos de la historia del Gran Conflicto, Juan podía contar cómo el poder de Jesús había derrotado a Satanás y a sus demonios. Pero, al escribir acerca de la futura edad oscura y de sus hechos aún más tenebrosos, bien podría haberse sentido abrumado al veri-

ficar que el mal casi vencía al bien, y que el odio casi derrotaba al amor. Las bestias y los demonios conspirarían junto con los poderes y los principados terrenales con el propósito de entronizar el mal y eliminar la justicia del corazón de los hombres. Pero, finalmente, el pueblo de Dios, fundado en su Palabra y fortalecido por su Espíritu, estaría preparado para el regreso del Hijo de Dios. Jesús volvería. ¡Rey de reyes y Señor de señores! ¡Creador, Redentor, Restaurador y Amigo!

Pero un día la visión terminó. No había ya nada más que escribir. Promesas, predicciones, profecías, preparativos, todo lo que se le había encomendado a Juan que comunicara estaba listo, para advertir a las iglesias y amonestar al mundo.

La visión culminaría con el glorioso triunfo del amor eterno de Dios. Los ataques del mal serían derrotados con la victoria definitiva de Cristo. Una vez más, la armonía reinaría en el universo. Dios y los hombres se volverían a unir en una relación inquebrantable y eterna. La esperanza resplandecería por medio de la felicidad plenamente realizada.

«Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque el Señor

Dios los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos» (Apoc. 22: 33-35). Piense en esto: no habrá más pecado, ni pesar, ni muerte, ni dolor, ni lágrimas ni separaciones. ¡No habrá más noche!

«He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último [...]. Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana» (vers. 12-16).

Y entonces termina el mensaje:

«El que da testimonio de estas cosas, dice: "Ciertamente vengo en breve". Amén; sí, ven, Señor Jesús» (vers. 20).

Pero observen con cuidado, por favor: hay un versículo más. El libro no termina con el clamor de ese corazón solitario:

«¡Sí, ven, Señor Jesús!» Termina con la visión referente a que otros, más allá de ese momento, gente de otras edades y otros sitios, también oirían y aceptarían el llamamiento. Y a esos individuos que surgirían en todos los años subsiguientes y en todos los lugares, el solitario apóstol Juan, renovado y reanimado por la visita personal de Jesús en su exilio solitario, ofrece esperanza para todos los viajeros: «La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén» (vers. 21).

Preguntas para compartir

1. ¿Quién, en su vida, ha sido un modelo de esperanza en Cristo? ¿Cómo se manifestó la esperanza de esa persona?
2. Responda brevemente: ¿Cómo llegó usted a entender que su relación con Dios dependía de su fe en la justicia de Cristo y no en la suya propia?
3. ¿Cómo pueden demostrar los cristianos, aquí y ahora, su esperanza en la vida eterna? ¿Qué formas debería tomar esa esperanza? Mencione por lo menos cinco.



ELENA WHITE

Una de las pioneras de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Su obra sigue siendo una voz profética entre los adventistas.

Jesús, nuestra esperanza viviente

No importa cuáles sean las dificultades, podemos fijar la vista en algo más allá.

«**Y** como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3: 14-16).

Cuando los hijos de Israel viajaban por el desierto rumbo a Canaán, acarrearon sobre sí los juicios de Dios al murmurar y al quejarse. Los mordieron las venenosas serpientes del desierto y, como consecuencia, murieron. Un mensajero recorrió el campamento con la noticia de que se había provisto un remedio. Cristo ordenó que se levantara una serpiente de bronce, y los que quisieran, con solo mirarla, conseguirían sanidad.

Cuando se anunció este [mensaje], algunos de los enfermos y de los que estaban muriendo no lo aceptaron. Por todas partes se oían estas palabras en el campamento: “Es imposible que yo me sane, porque estoy muy mal. Es posible que los que no están tan mal como yo miren y se sanen”. Otros creían disponer de remedios propios capaces de curar las ponzoñosas mordeduras de las serpientes; pero solo se sanaron los que aceptaron el mensaje y miraron a la serpiente. Esa serpiente representa a Cristo.

El pecado ha envenenado al hombre; pero se ha provisto un remedio para la raza caída en el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Toda esperanza de salvación que tengamos fuera de Cristo es vana.

No podemos deshonrar más a nuestro Salvador que cuando dudamos de que nos pueda salvar. No importa cómo haya sido nuestra vida de transgresión, no importa cuán profundas sean las manchas de nuestro pecado, hay Alguien que es capaz de salvar hasta lo sumo a todos los que acuden a Dios por medio de él.

Jesús es el remedio del pecado. Podemos ser inteligentes, pero la inteligencia humana es incapaz de idear un camino de salvación; podemos disponer de posesiones terrenales, pero no servirán para rescatarnos de los pecados de nuestras almas.

La salvación es un don Dios por medio de Cristo, y la promesa es: «*Todo aquel que en él cree, no se perderá, sino tendrá vida eterna*».

Una fe nominal no basta

No basta que tengamos una fe nominal. Debemos tener una fe capaz de apropiarse del poder que da vida a nuestras almas. Sufrimos una gran pérdida cuando no ejercemos una fe sencilla y viviente en Cristo. Deberíamos poder decir: “Él es mi Salvador; murió por mí; considero que es mi Salvador en todo, y vi-

vo”. Debemos mirar a Cristo cada día. Debemos considerarlo nuestro ejemplo en todas las cosas. Esto es fe [...].

Honramos a nuestro Señor y Maestro cuando depositamos plena fe en él. Si no tenemos confianza en el mensaje que nos envió, estaremos en una situación similar a la de los israelitas que recibieron las mordeduras de las serpientes venenosas pero que no quisieron mirar para vivir. Si aceptamos el mensaje de amor que nos llega por medio de invitaciones, exhortaciones y reprensiones, eso será vida y sanidad para nuestras almas.

No nos deberíamos satisfacer con nada menos que una íntima relación con Cristo. Se nos ofrece libertad y salvación, y deberíamos aferrarnos de las preciosas promesas de Dios por medio de una fe viviente. Pero si solamente creemos en parte, si no manifestamos en nuestra experiencia el poder de una fe viviente que obra por medio del amor y purifica el alma, no alcanzaremos a satisfacer las expectativas de nuestro Señor y Maestro. Jesús dijo: «*Sin mí, nada podéis hacer*»; pero si él mora en nosotros y nosotros en él, podemos hacerlo todo con el poder de su fuerza. Deberíamos confiar en él así como los niños confían en sus padres terrenales. Deberíamos sentir tal amor por él, que no podamos traicionar su confianza en nosotros o desconfiar de él en ninguna circunstancia. Deberíamos tener un conocimiento de la verdad que es en Jesús.

Deberíamos ser como la afligida mujer que se abrió camino entre la multitud,

ansiosa por tocar el borde del manto de Cristo. Su toque no fue casual: era el toque de la fe; porque de Cristo salió virtud y la sanó. Aunque la multitud se agolpaba y oprimía al Salvador, él reconoció el toque de la fe. Se dio vuelta y preguntó: «¿Quién es el que me ha tocado? [...] Entonces, cuando la mujer vio que no había quedado oculta, vino temblando, y postrándose a sus pies, le declaró delante de todo el pueblo por qué causa le había tocado y cómo al instante había sido sanada. Y él le dijo: Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz» (Luc. 8: 45-48).¹

Jesús les dio esperanza a los desesperados

Hay momentos en que Cristo les dirá a los que están a su servicio y cuyas energías se han desgastado: «Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco» (Mar. 6: 31). Tenemos el registro de que en una ocasión, después de una incesante labor, nuestro Redentor se recostó, con un atado de sogas por almohada, y se quedó profundamente dormido en el bote de los pescadores. Su naturaleza humana, exhausta, clamaba por descanso y sueño [...]

¡Contemplad al Salvador! ¡Cuán apremiantes eran las necesidades que clamaban por satisfacción! Al sanar y enseñar en el Templo, al explicar las Escrituras en las calles, en los atajos, en sus caminatas, esos asuntos tan urgentes no le dejaban tiempo para el reposo. Los oprimidos atraían su simpatía, consolaba a los dolientes, les daba esperanza a los desesperados, y sanaba las heridas y las magulladuras

que el pecado había producido. Anduvo haciendo bienes.²

El cristiano no debe vivir para esta vida presente. Debemos buscar a Jesús, que por medio de una muerte ignominiosa abrió una vía de escape para nosotros. Cada cual debe aferrarse de la esperanza que se nos ofrece por medio del evangelio, si queremos tener vida eterna. Usted debería preguntarse: “¿Cuánto estoy dispuesto a sacrificar por la verdad?” Antes de que conteste esta pregunta, quisiera llevarlo a la vida que Jesús vivió por usted, y al sacrificio que hizo en su favor. Cuando usted contempla a aquel a quien sus pecados clavaron en la cruz que se levantó en el Calvario, contrito de corazón depositará todo a sus pies. Cuando recordamos cuánto ha costado nuestra salvación, podemos estar seguros de que la vida eterna vale todo lo que podamos dar.

Satanás vendrá de muchas maneras para tentar al alma y apartarla de Cristo. Primero le dirá que usted es bastante bueno y que no necesita una obra de reforma en su vida. Le sugerirá que solo ha cometido unos pocos errores que están contrarrestados por todas las buenas cosas que ha hecho. Si le puede hacer creer que usted ha vivido la clase de vida que él sugiere, será como una cadena con eslabones débiles que no sirve para nada. Un pecado del que no se haya arrepentido basta para cerrarle las puertas del cielo. Jesús tuvo que morir en la cruz del Calvario porque el hombre no se podía salvar mientras tuviera una sola mancha de pecado. Su única esperanza

reside en que mire a Cristo y viva. Vino a salvar hasta lo sumo a todos los que acuden a él; y es plenamente capaz de hacer todo lo que se dispuso a hacer en su favor. Nos levantará de la degradación en que hemos caído a causa del pecado.³

Jesús, nuestro Mediador

Cuando usted se acerca a la Cruz de Cristo, descubre un amor sin paralelo. Cuando por la fe capta el significado de ese sacrificio, se ve como pecador, condenado por la Ley quebrantada. Esto es arrepentimiento. Cuando usted acude con corazón humilde, encuentra perdón, porque Cristo aparece siempre de pie junto al altar, mientras ofrece el sacrificio por los pecados del mundo. Es ministro en el verdadero Tabernáculo que el Señor levantó, y no el hombre.

Las simbólicas sombras del Tabernáculo de los judíos ya no tienen virtud alguna. Ya no se necesita hacer una expiación diaria ni anual, pero el sacrificio expiatorio de un mediador es esencial porque siempre se están cometiendo pecados. Jesús está oficiando en la presencia de Dios, ofreciendo su sangre derramada como la de un cordeiro inmolado. Jesús presenta su ofrenda por cada ofensa y cada error del pecador.

Cristo, nuestro Mediador, y el Espíritu Santo, están constantemente intercediendo en favor del hombre, pero el Espíritu no aboga por nosotros como lo hace Cristo, que presenta su sangre derramada desde la fundación del mundo. El Espíritu obra en nuestros corazones al presentar nues-





Quando usted
acude con corazón
humilde,
encuentra perdón,
porque Cristo
aparece siempre
de pie junto al altar,
mientras ofrece
el sacrificio
por los pecados
del mundo.
Es ministro
en el verdadero
Tabernáculo que
el Señor levantó,
y no el hombre.

tras oraciones y nuestra penitencia, nuestra alabanza y nuestras acciones de gracias. La gratitud que fluye de nuestros labios es el resultado del hecho de que el Espíritu pulsa las cuerdas del alma en santos recuerdos, y despierta la música del corazón.

Los servicios religiosos, las oraciones, la alabanza, la penitente confesión del pecado ascienden del verdadero creyente como incienso hasta el Santuario celestial; pero, al pasar por los canales corruptos de la humanidad quedan tan contaminados, que a menos que se los purifique con sangre jamás serán de valor ante Dios. No ascienden con pureza inmaculada, y a menos que el Intercesor, que está a la diestra de Dios, los presente purificados por su justicia, no serán aceptables al Señor. Todo el incienso de los tabernáculos terrenales debe ser humedecido con las purificadoras gotas de la sangre de Cristo. Él sostiene ante el Padre el incensario de sus propios méritos, en los cuales no hay mancha de corrupción terrenal. Él junta en ese incensario las oraciones, las alabanzas y las confesiones de su pueblo, y les añade su propia justicia inmaculada. Entonces, con el perfume de los méritos de la propiciación de Cristo, el incienso asciende hasta Dios en forma total y plenamente aceptable.⁴

Satanás trata de interponerse entre nosotros y Cristo, pero lo debemos alejar al hablar con fe y al exaltar el poder de Jesús para salvarnos. ¿No deberíamos dar los pasos necesarios sin demora en este sentido? ¿No deberíamos demostrar que no tememos confiar en nuestro Salvador tanto en las tinieblas como en la luz? [...]

Esperanza en la pronta venida de Cristo

Jesús lo ama, y cuando las pruebas abrumen su alma como seguramente lo harán,

usted debe estar a menudo en comunión con Dios por medio de la oración. El enemigo le puede decir que Dios no lo escucha; pero debe descansar en su promesa de que escucha la oración del alma contrita. Que sus peticiones asciendan continuamente a Jesús, y crea que él lo oye, y él lo oirá y lo liberará de toda prueba y tentación. El apóstol dijo: «*Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo*» (1 Ped. 1: 7).⁵

La venida del Señor ha sido en todo tiempo la esperanza de sus verdaderos discípulos. La promesa que hizo el Salvador al despedirse en el Monte de los Olivos, de que volvería, iluminó el porvenir para sus discípulos al llenar sus corazones de una alegría y una esperanza que las penas no podían apagar ni las pruebas disminuir. Entre los sufrimientos y las persecuciones, «*el aparecimiento en gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo*» era la «*esperanza bienaventurada*» [...]. En la isla peñascosa de Patmos, el discípulo amado oyó la promesa: «*Ciertamente vengo en breve*». Y su anhelante respuesta expresa la oración que la iglesia exhaló durante toda su peregrinación: «*¡Ven, Señor Jesús!*» (Apoc. 22: 20).⁶

Referencias

- 1 *The Signs of the Times* [Las Señales de los Tiempos] (10 de marzo de 1890).
- 2 *Manuscript Releases*, t. 10, págs. 349, 350.
- 3 *The Signs of the Times* (17 de marzo de 1890).
- 4 *Mensajes selectos*, t. 1, págs. 343, 344.
- 5 *The Signs of the Times* (17 de marzo de 1890).
- 6 *El conflicto de los siglos*, pág. 347.

Preguntas para compartir

1. La autora dice: «Toda esperanza de salvación que tengamos fuera de Cristo es vana». ¿Qué significado le da usted a esta declaración, tanto para la iglesia en general como para usted mismo?
2. ¿Qué mensaje tiene esta lectura para (a) los que se sienten justos y autosuficientes, y (b) para los que padecen un crónico sentimiento de indignidad? ¿Cuál es la actitud correcta que se debe tener?
3. ¿De qué manera afectó su vida cristiana el mensaje de la segunda venida de Cristo? ¿Cuán personal es este acontecimiento para usted?

SEMANA DE ORACIÓN
PARA LOS MENORES

Viaje de esperanza



PRIMER SÁBADO ¡Solo una mirada!

Versículo para memorizar

«Pues Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna» (Juan 3: 16, DHH).



Motivación

Muestre un cartel bien grande con la palabra ESPERANZA escrita en él. Luego, pregunte: “¿Qué significa para ustedes esta palabra?” Explique lo que significa esperanza: desear con gran expectativa obtener algo; esperar algo; anticipar.

Historia

Santiago salió rápidamente de la escuela. El aire frío del invierno se sentía muy agradable en la cara. El invierno era su época favorita del año. ¡Había tantas cosas divertidas para hacer! El suelo estaba cubierto de nieve fresca. Su mamá llegaría a la casa dos horas después, y Santiago estaba planificando caminar hasta su casa con Josué y Roberto, sus dos amigos. Vivía en un pueblo pequeño y había muchas cosas interesantes para ver y hacer en el camino.

–¡Eh, Santi! –gritaron sus amigos.

Josué y Roberto ya estaban preparando bolas de nieve. Santiago corrió a protegerse detrás del árbol y comenzó a armar su propio montón de bolas de nieve. Entonces, comenzó la diversión.

–Pasemos por el parque hoy.

–Sí, la laguna está congelada, y puedo ganarles a los dos a cruzarla hasta el otro lado –dijo Roberto mientras recogía sus libros y comenzaba a caminar en dirección de su casa.

–Bueno, chicos –respondió Santiago–, mi mamá dijo que la laguna parecía segura, pero que a veces puede ser engañosa. Me dijo que no me acercara a la laguna.

–Yo vi la laguna esta mañana, y a mí me pareció que estaba bien congelada –respondió Roberto.

–Vamos, Santi –dijo Josué–. Podemos pasar por al lado. No vamos a jugar una carrera para cruzarla.

Santiago vacilaba. Él sabía lo que había indicado su mamá, y quería obedecer-

le. Pero darle una mirada no haría ningún daño.

–¡Bueno, vamos! –respondió Santiago mientras comenzaba a correr–. ¡El último es huevo podrido!

Cuando los chicos llegaron a la laguna, el panorama era digno de verse. El hielo de la superficie brillaba con el sol del atardecer. Era realmente tentadora la idea de patinar sobre su superficie lisa; de hecho, varios niños se habían puesto los patines para hielo y estaban comenzando a deslizarse sobre la laguna.

Santiago, Josué y Roberto miraban. Tenían muchas ganas de unirse a los demás sobre la laguna, pero todos sabían que debían obedecer la advertencia de la mamá de Santi.

Santiago, Josué y Roberto debían elegir: podían obedecer a la Sra. Martín o aceptar el desafío y cruzar corriendo la laguna. De pronto, alguien gritó:

–¡El hielo se está quebrando! ¡Salgan del hielo!

En ese mismo momento, un niño cayó en las frías aguas de la laguna.

–¡Socorro!

Todos querían salvar al niño que estaba en el lago, pero el hielo era demasiado peligroso como para acercarse. Pronto pudieron escuchar la sirena de los bomberos a la distancia, y en solo unos minutos los bomberos estaban allí con su larga escalera, para rescatar al niño que se estaba congelando. El niño estaba a salvo. Santiago, Josué y Roberto inclinaron sus cabezas y elevaron una oración de gratitud a Jesús.

Santiago le agradeció a Dios por una madre sabia y amante, y por los bomberos que salvaron al niño que se estaba ahogando. Pensó también en Jesús, y agradeció al Padre por enviar a su único Hijo a morir para que él pudiera ser salvo, aun cuando a veces hacía malas elecciones.

¿Recuerdan a Eva, la primera mujer y madre del mundo? Eva hizo una mala elección. Decidió darle “solo una mirada” al árbol prohibido. Pronto, Eva fue engañada por Satanás, que estaba disfrazado como una hermosa serpiente que hablaba. Comió el fruto prohibido, desobedeciendo a Dios. Sí, Eva pecó; y por causa de su desobediencia todos tenemos que morir. Poco después, ella y su esposo, Adán, tuvieron que abandonar el Jardín del Edén. Pero Dios la perdonó; Dios le dio esperanza a Eva. Dios le hizo una promesa. Le dijo a Eva que él enviaría a Jesús, su amado Hijo, a morir a la tierra para salvarla a ella y a todos nosotros, que hacemos malas elecciones. Por la promesa hecha a Eva, nosotros también tenemos la esperanza de ver a Jesús y de estar en el cielo con él algún día.

Aplicación

Da una mirada a tu vida, y haz una lista de las malas elecciones que has hecho. ¿No has dicho la verdad? ¿Te has copiado en algún examen? Haz luego una lista de las victorias que hayas obtenido esta semana y cuenta una de ellas a un compañero del grupo.

Para conversar

1. ¿Por qué es difícil hacer buenas elecciones?
2. ¿Cuáles son los beneficios de poner nuestra esperanza en Jesús al hacer elecciones?

Actividad

Hagamos un “copo de nieve” que puedas colgar en tu dormitorio, con la palabra “ESPERANZA” de un lado y el versículo para memorizar (Juan 3: 16) del otro. Puedes decorar tu copo de nieve con brillantina, si lo deseas.

DOMINGO El Mensajero

Versículo para memorizar

«No se angustien ustedes. Confíen en Dios y confíen también en mí. En la casa de mi Padre hay muchos lugares donde vivir; si no fuera así, yo no les hubiera dicho que voy a prepararles un lugar. Y después de irme y de prepararles un lugar, vendré otra vez para llevarlos conmigo, para que ustedes estén en el mismo lugar en donde yo voy a estar» (Juan 14: 1-3, DHH).



Motivación

Divida a los niños en grupos de tres o de cuatro. Entrégueles papeles grandes y marcadores. Pida a cada grupo que escriba diferentes nombres de mensajeros. Podrían buscar en la historia y mencionar mensajeros de la antigüedad, como el mensajero griego que llevaba las noticias acerca de los ataques militares, etc. Pegue los carteles alrededor de la sala. Luego pregunte a los niños: “¿En qué se diferencia llevar mensajes hoy que en la antigüedad? ¿Qué preferirías ser, un mensajero actual o uno de los tiempos antiguos? ¿Por qué?”

Historia

Franco tenía solo 12 años de edad, pero quería un trabajo. Había tantas cosas que necesitaba, y no tenía dinero para ellas. Sus padres le habían aclarado que tendría que ganarse el dinero para poder comprarlas. Así que, solicitó un trabajo como repartidor de diarios. Tendría que entregar los diarios todas las tardes y el domingo de mañana, y así se ganaría el dinero que quería.

—¡Franco, levántate! —llamó la mamá—. Debes entregar todos los diarios antes de las seis de la mañana. Es domingo.

Franco abrió un ojo y miró el reloj. ¡Las cuatro de la mañana! ¡Qué hora horrible para levantarse! Luego pensó en la bicicleta nueva que quería, y rápidamente se levantó y se dirigió al garaje, donde tenía que enrollar los diarios, asegurarlos con una bandita elástica y cargarlos en su vieja bicicleta para hacer el reparto.

Cada tarde, Franco volvía rápido de la escuela para entregar los diarios antes de hacer sus tareas. No hace falta decir que no tenía tiempo para ningún deporte. Pero valía la pena. Ahora tenía una bille-

ta nueva y su propio dinero para poner en ella.

Un día, mientras Franco preparaba los diarios, se puso a leer algunas de las noticias. Para su sorpresa, la mayoría de las historias eran de MALAS NOTICIAS. Franco comenzó a pensar: “Soy un mensajero de MALAS NOTICIAS”.

Esa idea lo molestó durante varios días. No le gustaba ser un mensajero de malas noticias. “Yo quiero ser un mensajero de BUENAS NOTICIAS”, razonaba. “¿Cómo puedo hacer eso?”

Franco recordó haber visto a su mamá preparando un diario llamado “Las buenas noticias”, para su clase de Primarios de la Escuela Sabática. También recordó haber escuchado a su mamá cantando: “La buena noticia es que Dios proveyó un camino”.

—¡Eso es! Voy a poner algo de buenas noticias en cada diario que reparta.

¡Y eso es exactamente lo que hizo! Franco fue a la librería cristiana con su mamá y buscó algo que contara las buenas noticias de Jesús. Quería que la gente supiera que Jesús era su Salvador. Finalmente, Franco encontró un pequeño folleto que podía insertar en cada uno de los diarios, al poner la banda elástica alrededor de ellos. Franco creía en Jesús y esperaba el día en que pudiera verlo; también quería compartir esta maravillosa esperanza con la gente de su vecindario.

Un personaje de la Biblia también fue llamado “mensajero de esperanza” para mucha gente. Su nombre era Moisés. ¿Pueden decirme algo acerca de Moisés?

¡Sí! Estuvo escondido en un canasto cuando era bebé. Fue criado por la hija de Faraón y llegó a ser un príncipe adoptado. Vio que su pueblo era maltratado, y

quiso ayudarlo. Dios lo llamó para que fuera el conductor de los israelitas para sacarlos de Egipto. Él debía guiarlos a la Tierra Prometida; una tierra que podrían llamar suya.

¿Llegó Moisés a la Tierra Prometida? No, porque se enojó y no siguió las instrucciones de Dios. Pero, aunque Moisés no llegó a ver la Tierra Prometida de Canaán, no perdió su esperanza en Dios. Luego de su muerte, Dios lo levantó de la tumba y lo llevó a vivir con él al cielo. ¡Su esperanza solo se demoró un poco más!

Jesús nos aseguró que ha preparado un lugar para nosotros y que vendrá otra vez para llevarnos a vivir con él. No dejen que esta esperanza se debilite.

Aplicación

Haz una lista de cosas que puedes hacer para ser un mensajero de esperanza. Compártelas con un amigo. Luego, haz otra lista de cosas que debes evitar, si quieres llevar buenas noticias a otras personas.

Para conversar

1. Si Dios te ha llamado para ser un mensajero de esperanza, ¿qué preparación necesitas?
2. ¿Qué cualidades puedes aprender de Moisés que pueden ayudarte a ser un buen mensajero?
3. ¿De qué manera puedes compartir esta esperanza con tus amigos y vecinos, como lo hizo Franco?

Actividad

Prepara un “diario” solamente de buenas noticias. Puedes titularlo ESPERANZA. Escribe breves notas, y haz dibujos para ilustrar esas noticias.

LUNES

Adoptada



Versículo para memorizar

«Por su amor nos había destinado a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo» (Efe. 1: 5, DHH).

Motivación

Trate de conseguir una foto de una familia con hijos adoptados (o mejor traiga a la clase una familia real que usted conozca y que tenga hijos adoptados). Hable (o pida a la familia que lo haga) acerca de esa experiencia. ¿Puede alguien explicar qué significa ser adoptado? ¡Sí! Significa ser aceptado voluntariamente en otra familia. Presente luego: “¿Cómo te sentirías si te aceptara una familia llena de amor?”

Historia

Katia estaba jugando feliz con su vecina Lei, cuando oyeron el sonido de sirenas por allí cerca.

–Debe ser un incendio –le dijo a Lei.

Katia y Lei estaban tan concentradas jugando con sus muñecas, que no se dieron cuenta de que había patrulleros, ambulancias y gente muy ocupada en el lugar del accidente. Había sucedido un choque de cuatro autos allí cerca, y eso estaba produciendo un gran embotellamiento de tránsito.

Un rato después, Katia escuchó que la Sra. Wong, la mamá de Lei, la llamaba urgente:

–¡Katia, Katia! –llamaba la Sra. Wong–. Ven rápido. Algo terrible les ha ocurrido a tu mamá y a tu papá.

Dejando todo de lado, Katia corrió hasta el portón de entrada para encontrarse con la Sra. Wong. Su corazón latía rápidamente, y sus manos se estaban enfriando.

“¿Qué podrá haberles sucedido a mamá y a papá?”, pensó Katia solemnemente.

En cuestión de horas, a Katia le informaron que su mamá, su papá y su hermano habían muerto en el accidente. Esa noche se quedó dormida llorando. ¿Qué pasaría con ella ahora? ¿Quién la cuidaría? Después de todo, ¡solo tenía 7 años!

Sí, Katia se había convertido en huérfana. Pero dos semanas después, el tío Juan y la tía Sara llegaron para ayudar a Katia a empacar sus cosas.

–¿Adónde voy a ir? –preguntó Katia, con una mirada de curiosidad.

–Te vamos a llevar a nuestra casa, Katia. Tú te vas a convertir en parte de nuestra familia. Podrás compartir el dormitorio con tu prima Gina. ¿Te gustaría eso? –sonrió el tío Juan.

–¡Te vamos a adoptar! –anunció emocionada la tía Sara.

–¿De veras? –exclamó Katia mientras las lágrimas corrían por sus mejillas–. ¿Me van a querer como la quieren a Gina?

Y así fue como Katia fue a vivir con el tío Juan y la tía Sara. Ellos la amaban como si fuera su propia hija.

Katia asistió a la escuela adventista. Todo en esta escuela le resultaba raro: la forma en que los otros chicos se vestían y hablaban, la manera en que actuaban.

La escuela también tenía clases especiales de Biblia, y todos asistían al culto a la mañana e iban a la iglesia el sábado.

¿Pueden adivinar qué pasó con Katia? ¡Sí! Katia aprendió a conocer a Jesús. Su vida comenzó a cambiar. Ella se hizo adventista del séptimo día.

Hay muchas personas que no conocen a Jesús; la Biblia menciona a Rahab como una de ellas. Ella no conocía a Je-

sús, pero había escuchado hablar del Dios de Israel. Se arriesgó para salvar a dos espías israelitas cuando el rey de Jericó quiso arrestarlos.

Los espías le trajeron el mensaje de esperanza, y ella lo aceptó.

Cuando los muros de Jericó se derrumbaron, todo fue destruido. Únicamente Rahab y su familia se salvaron, porque ella obedeció la instrucción de los espías de atar un cordón rojo a su ventana.

Ella aceptó al Dios de Israel y fue adoptada en la familia de los israelitas.

Rahab llegó a ser un antepasado de David, quien fue antepasado de Jesús.

Aplicación

Haz una lista de cosas que puedes hacer para ayudar a niños huérfanos.

¿Puedes visitarlos, o hacerte amigo de uno de ellos?

¿Quizá puedes orar con ellos?

¿Puedes compartir tus juguetes y tu ropa con ellos?

Muestra tu lista al pastor y a la maestra de Escuela Sabática, para ver si pueden hacer los arreglos para ir a visitar un orfanato.

Para conversar

1. Cuando eres adoptado en la familia de Jesús, ¿cómo debes vivir tu vida?
2. ¿Cómo puedes ayudar a los niños huérfanos a ser adoptados por Jesús?

Actividad

Pida que los niños trenzen lana roja y formen un largo cordón que les recuerde que Dios también se interesa en aquellos que no lo conocen.

MARTES

Liberado al fin



Versículo para memorizar

«Por su amor nos había destinado a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo» (Efe. 1: 5, DHH).

Motivación

Provea a los niños tiras de papel de color y pídale que escriban en ellas pruebas que algunas personas enfrentan en sus vidas. Por ejemplo, ¿alguna vez los acusaron a ellos o a alguna persona que conocen de algo que no habían hecho? ¿Saben de alguien que fue a la cárcel por creer en Jesús? Pídale que compartan sus respuestas. Luego, pregunte: “¿Cómo les parece que se sentirían si los acusaran falsamente y todo pareciera sin esperanza?”

Historia

Se había desatado una guerra civil en Sri Lanka. Dos grupos religiosos estaban peleando y matándose entre ellos. Todos estaban bajo sospecha; de hecho, nadie se animaba a salir de su casa sin necesidad.

Aun los cristianos que iban a adorar a la iglesia estaban bajo sospecha.

Una noche, el joven pastor Alex estaba en su casa preparando su sermón para el culto del sábado, cuando se escucharon fuertes golpes en la puerta.

–¡Abran! –gritaba la gente que estaba fuera de la casa–. ¡Abran!

Todos los que estaban en la casa se quedaron juntos, nerviosos, mientras el pastor Alex abría la puerta. Varias personas vestidas con uniformes militares y de policía entraron. Comenzaron a acusar a Alex de esconder enemigos del otro grupo religioso en su casa, y de ayudarlo a escapar por medio de la iglesia.

–¡No! ¡No! ¡Yo no hice eso! –contestó Alex en voz alta–. ¡Debe haber un error! ¡Yo soy cristiano!

Todo sucedió tan rápidamente, que antes de que se diera cuenta Alex había sido arrestado y encarcelado en un pueblo lejano. Estaba lejos de su familia, en una cel-

da húmeda y sucia, llena de animalitos que se arrastraban por ella. Pero el pastor Alex recordaba las promesas de Dios de que liberaría a sus hijos.

Siguió orando todos los días, confiando en Jesús y hablando de Jesús a los demás prisioneros. Más adelante, consiguió una Biblia con la que pudo estudiar con los otros prisioneros.

¿Saben cuánto tiempo estuvo Alex en la cárcel? ¡Más de quince largos años! Pero nunca abandonó la esperanza de que Dios estaba gobernando los sucesos y lo liberaría. Ayudó a muchos prisioneros a volverse seguidores de Jesús, y fueron bautizados en la cárcel.

¡Dios no olvidó a Alex! En el año 2000, Alex fue liberado de la prisión.

¿Se acuerdan de Daniel? ¿Pueden imaginarse cómo se sintió Daniel cuando enfrentó muchos momentos difíciles en su vida?

Era solo un muchacho cuando fue llevado prisionero a Babilonia. Tuvo que dejar a su mamá y a su papá e ir a un país extraño, sin conocer su idioma ni sus costumbres. ¡Parecía que no había ninguna esperanza! Pero Daniel permaneció fiel a Jesús. No olvidó lo que sus padres le habían enseñado. No olvidó honrar a Dios en su vida diaria, incluyendo la comida que comía.

Eventualmente, Daniel y sus tres amigos fueron calificados como los más sabios de Babilonia. Dios le concedió sabiduría para interpretar el sueño del rey Nabucodonosor. Fue promovido a ministro bajo el extenso reinado de este poderoso rey.

Una vez más, cuando fue acusado injustamente y arrojado al foso de los leones, Daniel pudo decir con firmeza:

«Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones para que no me hicieran

ningún daño, pues Dios sabe que soy inocente y que no he hecho nada malo contra Su Majestad» (Dan. 6: 22, DHH).

Daniel vivió hasta llegar a ser muy anciano, y sirvió a tres reyes. Su paciencia y su confianza en Dios eventualmente derrotaron a sus enemigos malvados, y Daniel fue promovido al cargo más alto de Babilonia.

Aplicación

Haz una lista con nombres de personas que están enfrentando pruebas ahora, y ora por cada una de ellas.

Quizás algunas personas estén en prisión por su fe.

Quizás un tío tuyo no puede conseguir trabajo porque se niega a trabajar en sábado.

Quizás un amigo está enfermo.

Practica orar dos o tres veces por día.

Para conversar

1. ¿Por qué es importante mantener un espíritu de confianza durante los momentos difíciles?
2. ¿De qué manera puede una persona permanecer fiel a Dios cuando está sufriendo pruebas y dificultades?
3. Si te juzgaron mal o te acusaron injustamente, ¿cómo manejarías esa situación?

Actividad

Escribe en un diario de oración los nombres de amigos que están pasando dificultades, y ora por ellos.

Envía una tarjeta para comunicar a alguien que está pasando por problemas que estás orando por él o ella.

Recorta un corazón en una cartulina roja, y escribe de un lado un versículo que dé esperanza, y pega una figura de Jesús del otro lado.

MIÉRCOLES

La esperanza de María



Versículo para memorizar

«María tendrá un hijo, y le pondrás por nombre Jesús.

Se llamará así porque salvará a su pueblo de sus pecados»

(Mat. 1: 21, DHH).

Motivación

Traiga un moisés para bebés lleno de objetos que necesitan los bebés.

Pida a los niños que los identifiquen y conversen acerca del uso de cada cosa.

Hablen acerca de la emoción de tener un nuevo hermanito o hermanita.

Pregúnteles: “¿Qué preparativos hizo tu mamá antes de tener el bebé?”

Historia

(Padres y maestros: lean Lucas 2: 1 al 6 y Lucas 1: 26 al 35, antes de presentar el tema de hoy.)

¿Cuántos de ustedes tienen un bebé en casa? Los bebés son muy especiales, ¿no es cierto?

Una vez al año todo el mundo piensa en un bebé muy especial. ¿Puede decirme alguien quién es ese bebé? ¡Sí! Es el bebé Jesús.

Hoy quiero que pensemos especialmente en María, la mamá del bebé Jesús. La Biblia nos dice que Gabriel, un ángel de Dios, fue enviado a anunciar a María que tendría al bebé Jesús (Luc. 1: 26-35).

María no estaba casada, y este sería su primer bebé. ¿Piensan que tenía miedo? Yo creo que estaba asombrada y asustada.

El ángel le dijo a María que no tuviera temor; que ella había sido elegida por Dios y que su bebé sería muy especial.

El ángel también le dijo a María que llamara “Jesús” al bebé. ¿Saben qué le respondió María al ángel? ¡Sí! Le dijo que ella era la sierva de Dios y que haría todo lo que el ángel le había indicado que hiciera.

María estaba muy feliz de haber sido elegida para servir a Dios y para tener un pequeño bebé tan especial, llamado Jesús. Lucas 1: 46 al 55 dice que María estaba tan contenta, que alabó a Dios en voz alta para que todos pudieran oírla.

¿Saben por qué estaba tan emocionada María? ¡Porque sabía que Jesús sería el Salvador del mundo!

Dios la había elegido a ella para cuidar de aquel que nos salvaría a todos de Satanás.

María hizo todo lo que Dios le pidió que hiciera. Cuidó muy bien al pequeño Jesús, y le enseñó a amar y honrar a Dios, y a amar a los que lo rodeaban.

Ella lo vio crecer hasta llegar a ser un hombre, y lo dejó ir para cumplir con su misión de enseñar y sanar a los que lo rodeaban.

María siempre fue consciente de quién era Jesús y cuál era su misión aquí, en esta tierra.

En la Biblia hay muchas historias de cuando Jesús vivió en esta tierra.

“¿Puede alguien decirme qué le pasó a Jesús?” (Permita que los niños respondan).

Sí, hombres malos mataron a Jesús colgándolo sobre una cruz. ¿Cómo creen que se sintió María? Tenía el corazón destrozado.

Aunque María sabía que Jesús había venido aquí a salvar al mundo del enemigo, su corazón estaba, sin embargo, muy dolorido. María todavía era la madre de Jesús.

Pero ella creía en las promesas de Dios, y sabía que Dios era más fuerte que Satanás.

¿Permaneció Jesús en la tumba? ¡No! Jesús se levantó de la tumba y, cuando lo hizo, selló la esperanza del cielo para todos los que creemos en él.

María, su madre, debió haber cantado de gozo cuando se enteró de que su hijo Jesús había vencido al maligno que causa la muerte.

¡El amor de Jesús por nosotros es nuestra esperanza! Jesús nos espera en el cielo, donde es Rey de todo el cielo y la tierra.

Aplicación

Escribe tres cosas que le dirías a un amigo o un vecino acerca de tu esperanza en Jesús.

Quizá quieras contarle que ama a todos, o que vendrá nuevamente.

Aparta un momento para hacer esa visita.

Para conversar

1. ¿Había alguna otra manera en que Dios podría salvarnos sin que Jesús muriera?
2. ¿Qué significa para nosotros la resurrección de Jesús?

Actividad

Anime a los niños a hacer una cruz sencilla como señalador, para llevar en sus Biblias. Pídales que escriban las palabras AMOR y ESPERANZA sobre la cruz.

JUEVES

Pablo, transformado de dentro hacia afuera

Motivación

Muestre algunos recortes de diario que hablen de dos adolescentes condenados. Incentive a los niños a que identifiquen las cosas malas que hicieron. Luego, pídale que escriban varias maneras en las que pueden ayudar a estos jóvenes a cambiar sus malos caminos. ¿Quién puede ayudarlos?

Historia

Osmán esperaba con ansias poder asistir al colegio secundario Ridgewood. Se había cambiado de una pequeña escuela de campo a la ciudad en que su papá había conseguido un nuevo trabajo. Siempre era mejor vivir en la ciudad; por lo menos, eso era lo que pensaba Osmán. La vida en la ciudad sería mucho más interesante, con muchas cosas divertidas para hacer.

Se hizo de nuevos amigos en el colegio, y ellos lo invitaron a hacer muchas cosas emocionantes que nunca antes había realizado. Por supuesto, las fiestas estaban muy buenas, y hasta probó un poco de cerveza. ¡Por fin estaba creciendo!

Una tarde, estaba guardando sus cosas en la mochila antes de volver a su casa, cuando su amigo Hosni lo llamó.

—¡Ey, Os! ¿Quieres hacer algo diferente esta noche? —lo invitó Hosni.

—¿Cómo ser qué? —respondió Osmán con una mirada de curiosidad.

—Ven y ve por ti mismo. Encuéntranos en el lugar de siempre —le respondió Hosni mientras salía corriendo por la puerta.

Esa noche, los cinco “mosqueteros”, como se llamaban a sí mismos, se juntaron para probar una droga muy dañina. Al principio pensaron que era emocionante y di-

Versículo para memorizar

«El que está unido a Cristo es una nueva persona. Las cosas viejas pasaron; lo que ahora hay, es nuevo» (2 Cor. 5: 17, DHH).



vertido. Pasaron muchas otras noches probando otras drogas que les daban.

Después de seis meses, Osmán se había hecho tan adicto a estas drogas, que comenzó a robar dinero a sus padres para comprarlas. Pronto, sus notas escolares comenzaron a bajar, y comenzó a faltar a clases varias veces por semana. Osmán y Hosni delinquieron y luego fueron puestos en libertad condicional. Una noche, los dos muchachos robaron un supermercado y se llevaron cientos de dólares.

Pero el crimen no vale la pena. Pronto fueron arrestados y acusados en la corte. Fueron enviados a un centro de detención juvenil, para que les dieran ayuda especial. Allí fue donde conocieron a Gerardo, un consejero cristiano, quien les habló acerca de Jesús. Solamente Jesús podía ayudarlos a cambiar sus caminos pecaminosos. Allí tuvieron mucho tiempo para leer libros religiosos y estudiar la Biblia.

Un año más tarde, llegó el día feliz en que Osmán entregó su vida a Jesús. Sabía que las cosas no serían fáciles, pero creía que «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Fil. 4: 13); de hecho, Osmán se sentía como un hombre nuevo. ¡Había sido cambiado de adentro hacia afuera!

De manera similar, cuando Saulo se encontró con Jesús en el camino a Damasco, le entregó su vida. Llegó a ser el apóstol Pablo. En lugar de perseguir a los cristianos, Pablo llegó a ser un hombre transformado cuando le dio su vida a Jesús. Pablo descubrió que la esperanza en Jesucristo era emocionante, y cambió su misión y las metas para su vida. No le interesaba la fama ni ser popular entre sus amigos.

Sin embargo, muchos cristianos en la iglesia sospechaban de Pablo al principio. ¿Estaría realmente triste por sus pecados? Quizás era un truco para matar a más cristianos. Pero, al ver a Pablo comprometido en el trabajo junto con los demás após-

toles y con los creyentes a lo largo de varios años, finalmente creyeron que su conversión era genuina. Tenía “fuego” por Jesucristo, e hizo varios viajes misioneros recorriendo Asia Menor para predicar esta esperanza de salvación.

Pablo sufrió muchas dificultades por Jesús, pero no le importó. Más bien siguió alentando a los cristianos en todas partes a que llevaran «los unos las cargas de los otros» (Gál. 6: 2), para ser todos uno en Cristo Jesús. La vida y el ministerio de Pablo levantaron la esperanza de que «ahora Cristo ha resucitado de los muertos» (1 Cor. 15: 20), y que debemos «llegar a la meta y ganar el premio que Dios nos llama a recibir por medio de Cristo Jesús» (Fil. 3: 14).

Aplicación

Ofrécete a dar un testimonio en la iglesia o en la clase de Escuela Sabática acerca de cómo Jesús cambió tu vida después de que elegiste seguirlo. Comparte con un amigo de la escuela el gozo y la esperanza de creer en Jesús.

Para conversar

1. Si eres cambiado por Jesús, ¿significa eso que no te meterás nunca más en problemas?
2. Supón que alguien te dijera: “He intentado muchas veces dejar de fumar, pero no he tenido éxito”. ¿Qué le dirías? ¿Cómo puedes ayudarlo a encontrar esperanza en Jesús?

Actividad

Pide a tu mamá o a la maestra de Escuela Sabática que te ayude a organizar una fiesta para un amigo que ha aceptado a Jesús. Decora la sala con dibujos y recortes. Preparan comida. Invita a tu amigo a mencionar un cambio que Jesús lo ayudó a cumplir en su vida después de haberlo aceptado.

VIERNES

La esperanza de Juan



Versículo para memorizar

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva... Vi la santa ciudad...
descender del cielo, de Dios» (Apoc. 21: 1, 2).

Motivación

Muestre láminas de niños con discapacidades. Pida a los niños que identifiquen los distintos tipos de discapacidades: pérdida auditiva, ceguera, pérdida del habla. Luego, pregunte: “¿Cómo te sentirías si tuvieras una discapacidad física? ¿Cómo te manejarías con ella en la escuela y en otros lugares públicos?”

Historia

Brian estaba sentado en su silla de ruedas cerca de la ventana que daba al oeste. La cálida luz del sol marcaba líneas sobre su manta. Hacía frío afuera, pero Brian estaba abrigado por el sol y por la manta que su tía Luisa le había regalado. Le gustaba sentarse junto a la ventana y observar a los niños de la escuela que subían a los ómnibus de transporte escolar después de las clases.

Todo estaba en silencio en la casa. Brian estaba solo. Su mamá y su papá trabajaban fuera de la casa, y su hermana mayor todavía no había llegado de la escuela.

Brian tenía 10 años, y podía cuidarse a sí mismo la mayor parte del tiempo. Había aprendido a operar su silla de ruedas motorizada, y la casa estaba construida de tal manera que podía ir a cualquier parte que quisiera.

Tenía una maestra que iba a darle clases desde las 13 hasta las 15 cada día durante el año escolar. Aunque las piernas de Brian estaban torcidas por la poliomielitis, era inteligente y aprendía rápidamente.

Su familia no vivía cerca de una escuela de iglesia, y sus padres no querían que Brian fuera a la escuela pública de su ciudad. Tenían la esperanza de lograr que Brian y su hermana entraran en la escuela de iglesia, y estaban tratando de solucionar el problema del transporte.

Pero, mientras tanto, a veces se sentía solitario en su casa.

Aunque Brian no podía caminar, amaba a Dios. Aceptaba su incapacidad sin cuestionar a Dios.

Brian confiaba en Dios y sabía que él podía utilizarlo, a pesar de su discapacidad, para dar un testimonio a todos los que lo rodeaban.

También sabía que algún día iría al cielo a vivir con Dios y con Jesús. Cuando lo hiciera, sabía que podría correr como el viento y perseguir a los leoncillos mientras jugaran con él.

Brian mantenía esta esperanza, que todos tenemos, en su corazón: que Jesús murió para salvarnos y que nos llevará a vivir con él al cielo.

¿Recuerdan a Juan, el amado, uno de los discípulos de Jesús? Él también estaba solo en la isla de Patmos. Fue enviado allí por predicar acerca de la esperanza de salvación.

Pero Juan no se desanimó, porque Jesús se le apareció para fortalecer su esperanza en él y en la iglesia.

Recibió muchas visiones acerca de la segunda venida de Jesús, el cielo nuevo y la Tierra Nueva, donde «enjuagará Dios toda lágrima de los ojos... Y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor,

ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (Apoc. 21: 4).

El apóstol Juan fue grandemente reconfortado al recordar todos estos hermosos mensajes que Dios le comunicó.

Podemos estar seguros de que esta esperanza de encontrarnos nuevamente con Jesús en la Tierra Nueva pronto será una realidad.

Aplicación

Pide a tu mamá que te lleve a visitar un hospital de niños.

Habla con diferentes niños acerca de la esperanza de la venida de Jesús y del cielo.

Si es posible, llévalos un CD con historias bíblicas y anímalos a escucharlo.

Para conversar

1. ¿Qué le contestarías a otro niño si él te dijera, por ejemplo: “¿Si hay un Dios, por qué no me ayudó a poder ver?”
2. ¿Cómo puedes desarrollar una actitud positiva y ser alegre?
3. ¿Qué cosa te gustaría hacer cuando llegues al cielo?

Actividad

Pida a los niños que hagan un dibujo referente a la historia de hoy.

Converse con los niños acerca de sus dibujos, y luego péguelos en la pared.

Pídales también que recorten un corazón de papel, y escriban “Dios es amor” de un lado y “Yo amo a Dios” del otro.

SEGUNDO SÁBADO

Jesús, nuestra esperanza viva

Versículo para memorizar

«No se angustien ustedes. Confíen en Dios y confíen también en mí. En la casa de mi Padre hay muchos lugares donde vivir; si no fuera así, yo no les hubiera dicho que voy a prepararles un lugar. Y después de irme y de prepararles un lugar, vendré otra vez para llevarlos conmigo, para que ustedes estén en el mismo lugar en donde yo voy a estar» (Juan 14: 1-3, DHH).



Motivación

Esconda algunas “cosas ricas” con antelación. Luego, dé a los niños dos minutos para buscarlas. Cuando se acaben, pregunte: “¿Les resultó fácil la búsqueda? ¿Cómo se sintieron cuando estaban buscando las cosas ricas y no podían encontrar ninguna? ¿Con cuántas ganas buscaron?”

Historia

Roberto Lang pasó apresuradamente al lado de la puerta de la Escuela Sabática. Estaba visitando la iglesia por primera vez. Recordaba vagamente haber escuchado hablar acerca de Jesús muchos años atrás. Ahora, su vida estaba hecha un desbarajuste, y buscaba algo que lo ayudara a mejorarla. Lo habían invitado muchas veces a visitar la Iglesia Adventista del Séptimo Día cerca de su casa, pero no había respondido hasta hoy. Siguió al diácono hasta una clase especial para los visitantes adultos. Tenía un poco de temor, pero había llegado hasta aquí y ahora no podía retroceder.

—¡Pase! —dijo la mujer jovial que le hablaba, y que debías ser la maestra—. ¡Estamos felices de que esté aquí!

—Mi nombre es Clara Ricks. Estamos estudiando Mateo, capítulo 1, comenzando con el versículo 18. Estamos estudiando la vida de Jesús.

Al final de la clase, Roberto se llevó la Biblia que la Srta. Ricks le había ofrecido. Se quedó para el sermón y, al salir, allí estaba la Srta. Ricks nuevamente.

—¿Roberto? —dijo tocándole el brazo—. ¿Le gustaría acompañarnos a una comida deliciosa que fue preparada para nuestros visitantes?

Roberto vaciló.

—Bueno...

La Srta. Ricks lo interrumpió:

—Es usted bienvenido. Venga; déjeme presentarle a Carlos y a Melisa.

Pronto, “ir a la iglesia” se convirtió nuevamente en parte de la vida de Roberto. Disfrutaba de los nuevos amigos que había hecho. Le gustaban los sermones que escuchaba cada semana. Le agradaba especialmente la Srta. Ricks, que parecía ser una persona muy agradable. Le gustaba la música. Pero lo que más disfrutaba era escuchar, estudiar y aprender de Jesús, su Salvador y mejor amigo.

Cuando la maestra de la clase de Primarios pidió voluntarios para ayudar en la dramatización de Semana Santa, Roberto respondió al llamado. Tenía talento para pintar. Ayudó a construir la escenografía, y a menudo se quedaba para observar a los niños que practicaban la historia de Pascuas. La parte más fascinante, para Roberto, era cuando Jesús salía de la tumba y el coro de niños cantaba acerca de su victoria sobre la muerte. Roberto había estudiado con respecto a la crucifixión y el entierro de Jesús, pero no se había sentido conmovido hasta ahora, cuando tomó conciencia de que Jesús había muerto por él. No importa qué clase de vida había vivido, Jesús lo amaba igual. Los ojos de Roberto se llenaban de lágrimas cada vez que los niños cantaban. Su corazón se llenó de esperanza al saber que Jesús había preparado un lugar para él en el cielo.

El día del programa de Pascua, Roberto se sentó atrás. Podía ver y escuchar a los niños, pero no quería que nadie observara su emoción. Su corazón estaba lleno de gozo por Jesús, su Salvador. Él sabía que Dios le

había perdonado sus pecados porque Jesús había muerto por él. Y, gracias a esa muerte, Roberto sabía que Dios siempre lo perdonaría cuando se lo pidiera de corazón. ¡Ese era el regalo de Dios para él!

Roberto se puso de pie y pasó al frente cuando el pastor preguntó si alguien quería entregar su corazón a Jesús. Su corazón estaba lleno de amor, paz y esperanza. Había encontrado ese “algo” que había estado buscando toda su vida.

Sí, Jesús murió por cada uno de nosotros. Su vida no tuvo pecado de ningún tipo. Él vino de buena voluntad como un pequeño bebé, y vivió aquí como nosotros lo hacemos. Él volverá pronto nuevamente a esta tierra, para llevar a todos los que lo aman a vivir con él. ¡Jesús es nuestra esperanza viva! ¿Te gustaría entregarle tu corazón hoy?

Aplicación

Escribe tu nombre en la Tarjeta de Decisión indicando que quieres seguir a Jesús, quien te da esperanza. Canten juntos la canción “He decidido seguir a Cristo”. Cuenta a tus padres y al pastor que quieres bautizarte y ser hijo de Jesús.

Para conversar

1. Si continuamos viviendo una vida de pecado, ¿cómo podemos hacer un cambio total para responder a Jesús?
2. Si encuentras gozo y paz en Jesús como la esperanza de vida, ¿cómo puedes intencionalmente hacer que otros conozcan esta esperanza?

Actividad

Aprende y canta algún canto que hable de la próxima venida de Jesús. Cántalo con el resto de tus compañeros de clase de Escuela Sabática.

MARGARET TAGLAVORE, directora de Ministerios del Niño de la Unión Sudeste, en Texas (EE.UU.).

PARA TU

CRECIMIENTO MENTAL Y ESPIRITUAL



2€

al comprar las dos obras

MÁS ALLÁ DE LA LEY

ROBERTO BADENAS

LA PERFECCIÓN CRISTIANA

JEAN ZURCHER

1.50
EURO

Según la Biblia, el resumen de toda la Ley es el amor. Sin embargo, son muchos los que han visto en ella solo prohibiciones. El doctor Badenas examina con profundidad, en este libro, los valores de la Ley, dando acertadas respuestas a inquietantes preguntas como:

- ✓ ¿Qué valor tiene hoy la Ley?
- ✓ ¿Finalizó con Cristo la vigencia de la Ley?
- ✓ ¿Cómo armonizar la Ley y la gracia?

1.50
EURO

Jesús nos invita: «Sed pues vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mateo 5: 48).

- ✓ ¿Cuál es el sentido de “perfección” en la Biblia?: ¿absoluto?, ¿relativo?, ¿de otro orden?
- ✓ ¿Podemos alcanzar esa perfección aquí y ahora?

El autor da la única respuesta autorizada a estas inquietudes humanas: la de las Sagradas Escrituras. Así que con la lectura de este libro podremos saber qué “perfección” nos pide realmente el Creador y nos desvela el secreto para alcanzarla.


editorial safeliz

Libros para una vida mejor

(+34) 91 845 98 77 admin@safeliz.com www.safeliz.com